

— Ha sido una feliz casualidad la de ver entrar á Mendilueta en esa casa — prosiguió Trifon para sí — y mas feliz la de haber dado con un portero tan amable. ¡Aqui en Madrid que todos los porteros son adustos!.... La Providencia me protege; pero... ¡calle!... ya está el enemigo en campaña.

Trifon se puso en expectativa.

— Si señor — decia el portero á Mendilueta — su criado de usted.

— No sé como pueda ser esto — pensaba Mendilueta. — Precisamente he olvidado decir en casa que vinieran á buscarme con la berlina, y tendré que irme á pie. No quiero meterme en un simon... no sabe uno de quien se fia... ponerse enteramente á la discrecion de un cochero desconocido.... Vale mas pisar un poco de lodo.... ¡Qué frio hece!.... Es una gran invencion la de las bufandas. Lo que dice el portero de mi criado será una equivocacion.

Estas reflexiones las hizo Mendilueta mientras se arreglaba la bufanda y abria su paraguas porque seguia nevando, aunque muy poco.

Luego se lanzó á la calle exclamando:

— Mañana compro todas las acciones... la baja es inminente...

De repente sonó un enorme cencerro á sus oidos.

— ¿Qué es esto? — dijo Mendilueta dando un brinco hácia un lado, y viendo detras de él á un hombre con el cencerro y un hachon, añadió: — dejemos pasar á ese bárbaro.

Mendilueta se detuvo, y deteniéndose tambien el hombre que le seguia, le dijo:

— Una limosna, caballero...

— ¡Trifon! — exclamó con sobresalto el banquero.

— El mismo que viste y calza — respondió riéndose el antiguo dependiente de Mendilueta. — Acabo de salir del colegio donde usted me puso, y creeria faltar á un sagrado deber de gratitud, si al recobrar mi libertad no le consagrara la primera visita.

— Pero...

— Soniche... no he concluido aun — alegó Trifon, é hizo sonar el cencerro con mayor fuerzá.

— Es que no me es posible detenerme.

— Ni hay necesidad tampoco de que nos estemos parados. Puede usted seguir su camino.... y yo tendré el honor de alumbrarle, y de darle música. ¿Quiere usted una escalera para ir á esperar á los reyes? No le estaria á us-

ted mal en pago de su jugarreta. ¡Vaya que tiene usted buen modo de obsequiar á los amigos!

—Y el cencerreo continuó.

Mendilueta temblaba como un azogado.

—¿Hago traer la escalera? En esa taberna de enfrente la tienen unos amigos. ¡Qué bueno fuera hacerle dar algunas carreritas á mi estimado gefe y principal...

—¡Miserable! —gritó el banquero haciendo un esfuerzo en medio de su espanto.

—Baje usted la voz, si quiere que seamos amigos.

—Llamaré á la guardia del Principal.

—No hará usted semejante necedad.... Aun puede usted enmendar sus faltas. Reconciliémonos, Mendilueta, y todos viviremos tranquilos.

—No necesito para nada la amistad de usted.

—Le es á usted indispensable para ser feliz.

—Acabemos.

—Tiene usted razon, acabemos. Deseo dar á usted una prueba de que no soy vengativo.... Mas aun, quiero ser generoso.... desinteresado.... Quiero contentarme con poco... y si se allana usted á mis deseos, le dejo en paz.

—¿Y qué pretende usted?

—Usted sabe que desde jóven me he dedicado al comercio... y entre comerciantes...

—¿Qué?

—Ajustemos cuentas... Quanto mas amigos mas claridad.

—Al grano.

—¿Con que ha despachado usted ya á uno de los herederos de Ibarrola para América?

—No ha visto á la familia Ibarrola —pensó Mendilueta. —Esto es muy bueno.

—Ahora es natural que quiera usted hacer desaparecer á las mujeres... Si yo las hubiera encontrado...

—Era cosa difícil.

—¿Por qué?

—Porque no están en Madrid.

—De modo que usted ha dicho: «soto queda ya el recibo del hombre de

Barcelona, y ese no tiene valor mas que en manos de los herederos. »—

—Y es verdad.

—¡Qué tonto es usted, amigo mio!—y hubo nueva cerradura.

—¡Trifon!

—Aun cuando no encuentre á ninguno de los herederos.... como usted no se avenga á una reconciliacion... seré su enemigo, toda vez que usted lo quiere así; pero enemigo implacable, dispuesto á vengarse de cualquier modo que sea. Y como la vida no tiene ya para mí aliciente alguno.... si usted no se allana á la razon.... me presento á un juez y digo que usted robó.... que usted asesinó á Ibarrola.

—¡Miserable!

—¿Me quiere usted amigo, ó enemigo?

.... Despues de una pausa, en que Mendilueta estuvo pensativo, dijo:—

—Déjese usted ver en mi casa.

—No por cierto, me ha convidado usted una vez, y ahora me toca á mí pagarle el convite. Espero que no tendrá usted reparo en venir á la mia.

—Ninguno.

—Me alegre.

—¿Dónde vive usted?

—No tengo aun domicilio fijo.... ya le mandaré á usted tarjeta cuando esté establecido. Se pasarán muchos días; pero no importa; por el interés que le va á usted en ello, sé que vendrá á mi casa tan pronto como yo me halle instalado en ella. Entre tanto recuerdo á usted que no cometa la menor imprudencia, pues sabe que en todo caso, cuando ya no haya otro recurso, apelaré al de presentarme ante un juez y cantar clarito como un ruiseñor.

—No tema usted nada.

—¿De veras? Es decir que somos amigos.

—Siempre que sea usted razonable.

—Razonable y muy moderado en mis exigencias. Me contentaré con la proteccion de usted para ir viviendo.

—Siendo así, hablaremos amistosamente.

—Cuando le ofrezca á usted mi nueva habitacion y le pase esquila de convite.

—Estoy conforme.

—¿Me negará usted la mano de amigo?

—No por cierto... ahí la tiene usted.

Trifon se colocó el cencerro debajo del brazo para poder dar un apretón de mano á Mendilueta.

—¡Ea! ¡ felices noches, señor de Mendilueta mi amigo!

—¡ Buenas noches, querido Trifon!

Y abriendo la mano que este apretaba, Mendilueta dejó caer una moneda en la de su compañero.

—¡ Media onza! — exclamó Trifon. — ¿ Es esto generosidad ó miedo?

—No puedo tener miedo de un amigo á quien estoy dispuesto á favorecer.

—¿ Es una limosna?

—Mi amigo Trifon no pedirá ya limosna en su vida.

—Me alegró de ver á usted de buen temple. ¿ Qué significa esto?

—Estamos en vísperas de Reyes. He dado ya el aguinaldo á mi hija..... ahora le doy á mi amigo...

—¡ Bravísimo! Me trata usted como de la familia.

—Pórtese usted con lealtad, y sabrá quien es Mendilueta.

Los dos amigos se separaron.

CAPITULO XXXVI.

¡UNA LIMOSNA POR AMOR DE DIOS!

Mientras los dos malvados se reconciliaban en daño de la inocencia desvalida, la viuda é hijos de Ibarrola buscaban inútilmente un socorro por las calles de Madrid.

La mujer que con el velo echado se dirigia hácia la Puerta del Sol precipitadamente cuando Trifon aguardaba á Mendilueta, era la pobre Adela que iba por el fruto de su trabajo para comprar pan para su madre.

—¿Donde estoy?—esclamaba la infeliz.—¡Ah! ya sé.... ¡Qué frío hace!... ¿Si estará abierta la tienda cuando haya recibido la paga?... ¡Qué día tan horrible!... ¡Mi pobre madre sin haber comido!... ¡Dios quiera que no cierren los puestos de pan hasta que yo vuelva.

Y la infortunada jóven seguía su camino cuando Trifon pretendía detenerla con sus intempestivos requiebros.

Doña Petra andaba, no lejos de allí, murmurando las siguientes palabras:

—¡Virgen Santísima, no me abandones!... Este memorial era mi última esperanza, y ni siquiera han querido leerle... Todo empeñado... vendido.... hasta mi anillo de boda... hasta la capa de mi Andrés... ¡Hijos de mi alma! ¡Ay! es preciso tentar el último recurso..... necesito llevarles un pedazo de pan... Les diré que yo he comido, y gozaré en vérselo comer á ellos...

Ya hemos visto al desventurado Andrés lo que ha sufrido en casa del cer-

rajero, de la cual salió desesperado, con ánimo resuelto de no volver á ella.

—Regresar á casa sin llevar nada á mi madre—decía con dolorosa emoción—no debo hacerlo.

En este momento pasaba otra vez por la calle de Alcalá, donde varios mozos de cordel rodeaban algunos equipages de una diligencia que acababa de llegar.

—¡ Dichosos ellos! — reflexionaba Andrés contemplando el buen humor de los mozos. — Ganan su vida alegremente... ¿Y por qué no la he de ganar yo cómo ellos?... Tengo brazos...

Uno de los viajeros dijo:

—Un baul ¿quién le lleva?

—Yo, caballero—respondió Andrés adelantándose.

—Quite allá el media-levita—gritó uno de los mozos dándole un empellon.

—¡Fuera el silbante!—esclamó otro, tirándole de las faldas de la levita.

—¡Fuera! ¡Fuera!—gritaron todos los mozos empujando al pobre Andrés.

—No hay que reñir—repuso el viajero.—Para todos habrá.

—Es que ese de la levita viene á quitar el pan de los pobres—añadió uno de los mozos.

—Al que meta ruido no le doy nada—replicó el viajero.—¿Dónde está el de la levita?

—Señor...—dijo tímidamente Andrés.

—Carga con ese baul.

—Gracias, caballero.

Y Andrés empezó á forcejear con el baul.

—Despacha—continuó el viajero.

—¿A dónde hemos de ir?—preguntó Andrés haciendo inútiles esfuerzos por levantar el baul.

—A la calle de las Huertas, número 40.

—Está bien.

—Pero ha de ser pronto—añadió el viajero con impaciencia.

—¿No vé usted que no puede?—dijo un mozo en tono de burla.

—¡Dios mio!—esclamó Andrés fatigado.

—¿Puedes, ó no?—preguntó el viajero.

— ¡Ay! no... no puedo.

Andrés dejó caer el baul despues de haberle levantado un poco.

— Quite de aquí el mocosuelo y vaya á lucir la levita por el Prado—dijo un mozo de cordel agarrando al pobre Andrés de un brazo y echándole afuera.

Andrés se retiró mas desesperado que nunca al compas de una estrepitosa silba con que le despidieron los mozos de cordel.

— Traiga usted, caballero—dijo uno de ellos—yo le llevaré.

— Bueno, anda listo—repuso el viajero.

Y levantando el mozo de cordel con suma facilidad el baul, dijo:

— ¡Pues si esto pesa menos que una pluma! Para ser del oficio es menester tener los huesos mas duros que el mequetrefe de la levita.

— ¿Dónde está ese jóven?—preguntó el viajero.

— Se ha marchado más que deprisa... con la silba que le hemos dado.

— Lo siento—pensó el viajero.— Parecía persona decente... y cuando se arrojaba á cargar con el baul... mucha habia de ser su necesidad. De buena gana le hubiera socorrido.

El desventurado Andrés perdió esta nueva proporción salvadora, por haberse retirado de allí, donde la casualidad le habia conducido ante una alma caritativa.

— ¡Dios de misericordia!—esclamaba el infeliz reclinándose á la pared, estenuado de hambre, de frio y de fatiga.— ¡Dios de bondad! ya que no me habeis dado fuerza... no me quiteis la resignacion.

En este momento aparecia por el lado opuesto su hermana Adela.

— ¡Ah!... no pagan hasta el sábado.

El frio y la nieve habian dispersado ya á los curiosos que se divertian viendo las cuadrillas que pasaban corriendo con los cencerros y la escalera consabida.

Los transeuntes eran ya muy escasos.

— Solo se cruzaban algunos viajeros.

Adela continuaba de este modo sus tristes reflexiones:

— Faltan tres dias de aquí al sábado... Ni me darán mas trabajo hasta el sábado por la noche... Estaban cenando... y han estrañado mi visita á estas horas... se han incomodado... ¡Y no he tenido valor para decirles que en mi casa no hay un pedazo de pan!

— Debe ya haber llegado la diligencia en que viene mi hijo—decia para

si un anciano encaminándose á la casa de las Peninsulares.

—Se acerca un caballero, al parecer respetable —pensó Adela.— Es indispensable tener valor... La ocasion es propicia...

—Voy á ser muy dichoso al lado de mi hijo— continuaba reflexionando el transeunte.

—Si tuviera compasion.... No me atrevo.... Con solo que me diera para un panecillo... Caballero...

—¿Qué quiere usted?

La pobre niña se limitó á preguntar con voz temblorosa al anciano:

—¿La calle de la Montera?...

—La primera á mano derecha.

—¡Válgame Dios! ¡Tampoco esta vez me he atrevido!—dijo para sí llorando la desgraciada criatura.

Arreciaba ya la nevada, y el frio se hacia cada momento mas insoponible.

Los ojos de Adela eran dos raudales de lágrimas.

Habíase propuesto de nuevo pedir una limosna al primero que pasase, y retirarse inmediatamente.

¡Mas ay! nadie pasaba.

Aunque se habia colocado no lejos de un farol, la espesura de los copos de nieve no le permitian distinguir cómodamente los objetos.

Vió sin embargo una señora en la otra acera, y cuando se disponia á implorar su caridad, observó que cruzaba la calle un caballero, á cuyo encuentro se dirigia precipitadamente la señora en cuestion.

Adela se le aproximó tambien con ánimo resuelto, y las dos mujeres, cada una por su lado, tendieron las manos en ademan de súplica, esclamando tímidamente:

—¡Una limosna por amor de Dios!

¡Oh espectáculo desgarrador! Eran la madre y la hija las que pedian limosna!...

¡Y la persona á quien se dirigian era Andrés, hijo de la una y hermano de la otra!

—¡Madre!... ¡Hermana!...—gritó el desventurado.

—¡Andrés!—gritaron las dos mujeres, y se precipitaron en los brazos del jóven.

De aquel magnífico grupo, melancólicamente alumbrado por un farol, cuyos cristales había empañado la nieve que revoloteaba en torno, no salían ya palabras inteligibles, sino un fuerte rumor de sollozos y lamentos que á nadie conmovían porque se perdían en la soledad de la noche.

— ¡Y á mí no me había ocurrido esa idea! — exclamó Andrés cuando el lloro hubo desahogado su corazón. — ¡Miserable!... he dado lugar á que vosotras... Dejadme... quiero pedir al primero que pase...

Y como si estuviera demente, colocó su sombrero en el suelo al resplandor del farol mas inmediato; y al primero que pasó, díjole Andrés con desesperación:

— Caballero, una limosna por amor de Dios.

— Quite allá el tuno y no estorbe á la gente — respondió el que pasaba, dando un fuerte empellón á Andrés.

— ¡Madre mia! — gritó el infeliz, y cayó en el suelo sin sentidos.

— ¡Hijo mio! ¡Hermano!

Gritaron á la vez doña Petra y Adela.

— ¡Está frio! — dijo Adela azorada.

— Sí... sí... cadáver... — murmuró de un modo espantoso doña Petra. — También hallaron muerto á su padre en una calle!...

El causante de este nuevo infortunio, el que había insultado á la indignancia, no era sino el infame banquero de Barcelona, que acababa de despedirse de su amigo Trifon.

No conoció al jóven que le pidió limosna.

CAPITULO XXXVII.

LA TIA MANUELA.

Era la media noche.

Mendilueta cruzó la Puerta del Sol, se metió por la calle del Cármen, y cogiendo el primer callejón á la derecha, llamó con los nudillos de la mano á una puertecilla, que al momento se abrió, como si ya se le aguardase, y el banquero plegó su paraguas y se introdujo en una miserable casucha.

Parece imposible que tan cerca de la Puerta del Sol, dando paso al gran mercado de la plaza del Cármen por un lado, y á la lujosísima calle del mismo nombre por otro, haya un callejón tan angosto, desigual de piso, sucio y asqueroso como el de *los Negros*, que así se llama aquel centro de Sirenas alegres y hospitalarias, y de hábiles Celestinas.

En el entresuelo de la denegrida casa donde Mendilueta había entrado, había una pieza que al parecer era tocador, cocina, dormitorio, comedor y estrado.

Había en un rincón una cama, en otro un barreño con lumbre, una mesa entre dos ventanas que daban á un patio, y varias sillas de pino que cualquiera hubiera creído dotadas de sensibilidad al ver como se movian y quejaban con mas ó menos fuerza segun el peso de los que en ellas solian sentarse.

Arrimado á la escasa lumbre del barreño veíase un pucherito con agua hirviendo, y sobre las mismas ascuas una cazuela recién colocada con aceite.

Una vieja diminuta y jorobada entreteníase en mondar ajos.

Este cuadro no recibía mas luz que la de un candil colgado en el respaldo de una silla.

Mendilueta entró en este aposento alumbrado por un cabo de vela de sebo que otra vieja llevaba en su trémula mano, y que apagó despues de cerrar la puerta de la habitacion, como habia cerrado sigilosamente la de la calle.

—¡Felices noches, Manuela!— dijo Mendilueta al entrar.

—Felices, señor de Fontseca.

Mendilueta solía darse á conocer con el apellido de su madre en ciertas cosas donde creia él que podia menguarse la alta reputacion del rico banquero.

La jorobada no se movió de su silla, ni dejó de mondar sus ajos.

La otra vieja, que era bisoja y tartamuda, era hermana de Manuela y se llamaba Clara.

El señor de Fontseca tomó asiento entre la Manuela y Clara, cual otro Pollione entre Norma y Edulgisa como diria Breton.

—Creí que ya no venia usted— dijo la Manuela.

—Yo no faltó nunca á mis promesas— repuso el banquero—y si he venido algo tarde, es porque me han entretenido en una junta.

—Y nosotras aquí muriéndonos de frio. No es para nuestra edad eso de acostarse el dia siguiente... porque ha de saber usted que han dado ya las doce...

—¿La...a...as do...o...ce?— añadió Clara haciendo mil visajes.—¡Ya ha...a...aja! Ssssso...o...on la...as do...o...oce y cu...cu...cua...arto.

—Lo siento; pero no ha dependido de mi voluntad venir antes. ¿Y qué se ha adelantado en el consabido asunto?

—Mas de lo que esperaba— dijo la Manuela.

—¿De veras?

—Como que se ha vencido lo principal.

—¿Cede la niña á mis proposiciones?

—No es eso.

—¿Pues qué ha sucedido? Estoy en brasas por saberlo.

—A...a...aho...ora vi...vi...i...i...ene u...u...usted co...o...on pri...i...i...isas; y a...a...antes, cu...cu...cu...

— Deja que hable la Manuela — interrumpió el banquero.

— Cu...cu...cu...

— Por Dios, Clara... — dijo la jibosa.

— Cu...cu... cuando no...o...sotras es...pe...e...e...raba...a...amos no le

...i...i...i...impo...or...ta...a...aba á u...u...u...usted u...u...u...

— ¿Quieres dejar hablar á tu hermana?

— U...u...u...un pi...pi...pito.

— Vete á tu cuarto, Clara — dijo la Manuela con imperio.

— No qui...qui...e...e...ero, ca...ca...ca...a...a...anario!

— Vamos, espíciate, Manuela — dijo impaciente el banquero.

— Ya sé donde vive la muchacha.

— ¿Y la has visto? ¿Le has hablado?

— No, porque no estaba en su casa esta noche; pero habiendo dado con el hilo, pronto sacaremos el ovillo.

— ¿Y cuándo la verás?

— Mañana mismo.

— ¿Es decir que hoy me quedo en las mismas dudas que antes?

— ¿Qué quiere usted hacerle? Peor sería que no supiésemos aun donde vive. Sabiendo esta circunstancia, todo lo demas es cosa breve.

— ¿Con que mañana sin falta hablarás con ella?

— Sin duda alguna.

Clara que rabiaba por meter su baza en la conversacion, no pudo contenerse mas, y volvió á sus visajes y esfuerzo de este modo:

— U...u...u...u...

— ¿Quieres callar? — gritó enojada la Manuela.

Y Clara continuó:

— U...u...u...u...

— ¡Vete! ¡Si parece un moscardon la condenada!

— U...u...u...uste...edes no ssssssa...a...aben ssssssssi e...e...esta...a...ará en ssssssu...u...u ca...a...sa.

— Tiene razon Clara, ¿y si sucede lo que esta noche? — preguntó el banquero. — ¿Si no está en su casa?

— Me aguardaré todo el dia á la puerta de la calle. En una palabra, señor de Fontseca, déjelo usted á mi cargo, que no se pasará el dia de mañana sin tener una respuesta de la niña.

—Y espero que esa respuesta sea favorable.

—Por supuesto... Hay cierta elocuencia que convence á todo el mundo. Así como usted, haciendo uso de esa elocuencia sonante, me ha convencido á mí de que es una buena accion ayudarle en su amorosa empresa... espero que yo tambien convenceré á la jóven de que se trata...

—Es necesario ir con mucha cautela.

—Nada enseña mejor un oficio que la misma práctica, y hace ya tantos años que me dedico yo á favorecer al prójimo!...

—¿Tienes esperanza de lograr lo que deseamos?

—Tengo seguridad.

—¿En qué la fundas?

—En mi esperiencia; y en la promesa de ser bien recompensada.

—Lo serás mas de lo que te figuras, y por via de una pequeña muestra de gratitud al interés con que miras mi encargo, toma esta insignificante expresion por ahora.

Mendilueta dió una moneda de oro á la jorobada, que mirándola á la luz del candil, y enseñándola con mucho gozo á su hermana, dijo con espresion:

—Dios se lo pague á usted, y le dé muchos miles para poder hacer muchas buenas acciones como la presente.

Clara, llena de asombro y de envidia, no pudo menos de esclamar:

—¡U...u...u...u...!

—Esta ya me tiene envidia—dijo la Manuela.

Y Clara proseguia:

—¡U...u...una do...o...obli...i...j...ita!

—Mira—repuso la jorobada—si te retiras, te daré la mitad; pero te has de estar en tu cuarto hasta que te llame para que alumbres al señor.

—¿De ve...e...eras?

—Lo que oyes, mañana así que te levantes, irás tú misma á cambiarla.

Clara se levantó de su silla, y respondió de este modo:

—Fffffff...

—¿Qué es eso? ¿A qué viene ese bulido de gata?

—¡Fffffffe...e...e...li...i...ces no...o...oches!

Y encendiendo su cabo de vela de sebo, se retiró apresuradamente.

—Gracias á Dios que nos ha dejado solos—dijo la jorobada.

—¡Pobre Clara!—esclamó el banquero sonriéndose.

—Es tan entrometida..... quiere echar su cuartillo á espadas en todas las conversaciones, y cómo no tiene mucha facilidad para hablar, que digamos... Pero vamos á nuestro asunto. ¿Qué hago con la chica si cede á mis ruegos?

—No cederá.

—¿Por qué no ha de ceder?

—Está avasallada por rancias preocupaciones.

—Esas preocupaciones se quitan fácilmente.

—No tñ fácilmente como crees.

—¡Qué demonio! Seria la primera vez que viera mi intento frustrado.

—Tengo motivos para temerlo.

—¡Bah! renegaria de mi habilidad.

—Ya sé que es mucha, y por eso me he dirigido á tí; pero tambien es grande la esquivéz de la niña. Yo mismo la ofreci cuanto pudiera desear...

—¿Y queria usted que de buenas á primeras cediera á los deseos de usted?

—¿Por qué no?

—Eso no se hace nunca. Es preciso fingir cierto rubor, cierto respeto á la honestidad... La que mas y la que menos estiman todas su decoro, y no van á entregarse ciegamente al primer galan que les endilgue cuatro requiebros ó promesas de felicidad. Con el tiempo maduran las brebas.

—Es que yo quisiera que no se desperdiciara mucho tiempo.

—Ya lo veo... tiene usted el genio pronto... La cosa urge...

—De manera que si no alcanzamos nada inmediatamente, ya no tengo interés alguno en hacer semejante conquista.

—Está bien, emplearé los recursos mas eficaces desde el primer momento. Pero aun no ha contestado usted á mi pregunta.

—No me acuerdo cual ha sido.

—¿Qué hago con la chica si cede á mis ruegos?

—Se instala usted con ella en el consabido cuarto, y me hace usted llamar.

—Es decir, que trata usted de completar por si mismo la victoria. Buen pensamiento... Ya verá usted como estará mas blanda en la segunda entrevista que en la primera.

—Para eso espero encontrar á la jóven prevenida.

—Las mujeres siempre lo estamos para oír lisonjas y recibir demostra-

ciones de amor. Además, tenemos que contar con otra circunstancia muy favorable.

—¿Verbigracia?...

—La pobreza de nuestra heroína.

—Es grande... casi raya en la indigencia.

—Ya me lo dijo usted... ¿Y duda usted del buen éxito?

—No me atrevo á confiar en él.

—Pues yo le digo á usted con toda seguridad, que mañana nos tendrá instaladas en el magnífico cuarto principal de la calle del Barquillo.

—Tanto mejor.

—Me pondré el vestido nuevo de raso con volantes.

—¡Graciosa estarás!—dijo sonriéndose Mendilueta.

—¿Por qué no?

—Porque parece un murciélago.

—Ya me verá usted con el nuevo traje y mi sombrerito de terciopelo azul...

—Si pudieras quitarte ese apéndice?...

—¿Qué apéndice?

—El de la parte alta posterior.

—Hace tiempo que me le eché á la espalda, y no me acuerdo de él; pero dicen que me hace gracia—y riéndose á carcajadas, añadió:—aun voy á desbancar á la encantadora Adela. ¡Qué bueno sería eso!

—Puedes estar bien segura de que no sucederá.

Durante la precedente conversacion, hizo la Manuela su sopa de ajos, y viendo que estaba ya en sazón de poderse comer, dijo á Mendilueta:

—¿Quiere usted cenar conmigo, señor de Fontseca?

—Gracias.

—Eso no es decir no ni sí.

—No acostumbro tomar nada por las noches.

—Yo también hago una cena ligerilla á eso de las nueve. Un solo plato... eso sí, procuro que no escasee... y siempre lo mismo, bacalao con patatas. Es guisadito que me gusta mucho, le pongo una guindilla partida, para que no esté soso, y tan ricamente.

—Pero mujer, con eso hay para encenderse. ¡Una guindilla entera antes de acostarse!

—Para eso no bebo vino.

—Buena precaucion... de otro modo te moririas de sed , y te echarás sin duda un gran vaso de agua al coletito...

—¡ Dios me libre ! ¿ Tengo yo ganas de reventar ? Lo que hago en el momento de acostarme , cuando ya estoy desnuda , es persignarme...

—¡ Bien hecho !

—Y beberme un vaso de aguardiente.

—¡ Cáspita !

—Con mucho anís... es escelente para el estómago... Luego me tumbo, y paso la noche de un sueño.

—¿ Y cómo no tienes hoy bacalao ?

—Ya le llevo digerido... el bacalao me lo zampé á las nueve.

—¿ Con su correspondiente guindilla ?

—Por supuesto... es mi preservativo contra las heladas.

—¿ Y ha caido tambien el aguardiete ?

—Ese no... le guardo para cuando me acueste , que será tan pronto como usted se vaya.

Y la jorobada se comia sus sopas de ajo con mucho apetito.

—¿ Sabes que no se conoce hayas cenado á las nueve ?— le dijo el banquero ?

—¿ Porque cómo con afan ? Hace tres horas y media que debia estar acostada ; pero sabiendo que usted habia de venir , he hecho estas sopitas de ajos para abrigar el estómago á última hora.

—Ha sido una prevencion muy prudente.

—No podria dormir sin tomar antes alguna friolera. Estoy acostumbrada á ello.

—Pues ya podrás acostarte , porque me voy. Creo que nada hemos olvidado. Estás perfectamente enterada de lo que has de hacer. ¿ Y cómo sabré yo mañana lo que hayas adelantado ?

—Así que anochezca se viene usted á la calle del Barquillo , donde probablemente hallará usted aguardándole , al idolo de su corazon.

—Iré sin falta ; pero no creo que esté allí la hermosa Adela.

—Tanto mejor , así tendrá usted una sorpresa agradable. Voy á llamar á Clara para que le alumbre á usted.

— Se habrá acostado ya.

—No por cierto... es mi portera, y ya sabe que mientras hay alguno en casa, no debe ir á dormir. Estará hilando en su cuchitril.

Y la jorobada gritó con toda su fuerza:

—¡Clara! ¡Clarita! ¡Clara!

No tardó en presentarse la servicial bisoja con su cabito de vela encendido, y con sus acostumbrados visages, empezó así:

—Uuuuu...u...u...

—Ya tenemos otra vez el moscardon en campaña—dijo la jorobada.

—U...u...u...uste...ed pe...e...erdo...one, sssssssi he ta...a...a...arda...a...do.

—Vamos, acompaña al señor.

—Mu...mu...mu...

—Si, mu... mu, eso es lo que habló el buey—dijo la Manuela burlándose de su pobre hermana.

—Mu...u...uy bi...ien.

—¡A Dios, Manuela, hasta mañana!—esclamó el banquero.

—Felices noches, señor de Fontseca.

Y Mendilueta salió de la estancia de la jorobada precedido por la tartamuda.

CAPITULO XXXVIII.

DURANTE EL ALBA.

El 6 de enero de 1856, apenas amaneció se levantó Lucas, y empezó á declamar los siguientes versos:

Vive Apolo, que es vergüenza
Ver los hombres de estos tiempos
Tan preciados de Maricas
Que están de un soplo en el suelo!
¡Que es ver uno de estos monos
Afectado y circunspecto,
Muy relamido de cara,
Hacer, quebrándose el cuerpo,
A la dama menos bella
Catorce mil cumplimientos,
Arrastrando los zapatos
Con polvareda y estruendo,
Siendo un milagro si saben
Los divinos mandamientos!
¡Que es ver, si paso adelante,
El cuidado y el esmero

Que tiene con las melenas

Llenas de aceites y unguentos,

Que desde una legua apesta

El azar de su desvelo

Por disimular á veces

El mal olor de su aliento!

—¿Qué haces, Lucas?—preguntó la señora Juana á su hijo, entrando en el cuarto de este.

—Estoy recitando mi papel—respondió Lucas.

—¿Por qué no aguardas á que sea mas tarde? ¿No ves que aun estarán durmiendo los vecinos?

—Ya es hora de levantarse. Demasiada atencion he tenido, que por no despertar á nadie, me he estado toda la noche calladito, y eso que tenia unos deseos de recitar mi papel en alta voz; pero pueden agradecerélo á usted... porque solo por no despertar á mi madre me he aguantado, que de los demas no me importaba un bledo. Ahora que ya está usted levantada, permítame usted que prosiga.

Y Lucas continuó declamando lo siguiente:

Que cuidado en la casaca

Que tenga el tontillo hueco!

Que atencion en el mirarse

Cada instante á los espejos!

Que buscar á toda costa

Los menjungenes y compuestos

De todos los boticarios

Para lavar sus pellejos!

—Te vas á volver loco con tus comedias—dijo la señora Juana.

—¿Qué loco! Bien sabe usted que lo habia dejado.

—Sí; pero ahora lo vuelves á tomar con delirio.

—Es la última representacion en que vamos á tomar parte Carmencita y yo... y si lo hacemos... ya sabe usted el motivo.

—En celebridad de vuestro casamiento, segun decis.

—Ya se vé que sí, habrá una gran función dramática, que empezará por la famosa comedia de Lope de Vega titulada *el Perro del Hortelano*, y después de algunas piezas de canto, terminará con la zarzuela antigua de don Tomás de Añorbe y Corregel, capellan del real monasterio de la Encarnación, que tiene por título *Júpiter y Dánae*.

—Ya, ya, tú representarás el papel de Júpiter, y Cármen el de Dánae ¿no es verdad?

—No señora, yo representaré la parte del gracioso Mamurrias.

—Y en la comedia ¿qué papel haces?

—¿En la del Perro del Hortelano?

—Yo creo que no harías tan bien la parte del hortelano como la del perro.

—Si no hay ningún perro en la comedia. A ver, madre, ahora que no cojea usted tanto, hágame usted el favor de ayudarme á ensayar este paso de la zarzuela.

—¿Estás loco?

—Póngase usted aquí.

Y asíéndola de la mano la coloca en frente de él.

—Vamos á ver — dijo la señora Juana poniéndose muy tiesa.

—Ahora me llama usted — dijo Lucas.

—¿Pero á quien represento yo?

—A la hermosa Dánae. Llámeme usted.

La señora Juana empezó á gritar:

—¡Lucas! ¡Lucas!

—No, no, no es eso.... En primer lugar no ha de gritar usted, sino que me ha de llamar con dulzura, por el nombre que tengo en la zarzuela.

—¡Ah! ya sé... ya sé... no me digas mas... ¿te parece que no representaria yo tan bien como tú?

—Lo creo.... cuando está en la masa de la sangre... Vamos á ver.... Con mucha dulzura, llámeme usted.

La señora Juana, achicando la boca y con los ojos entreabiertos, exclamó de una manera muy tierna:

—¿Mamon?

—No soy Mamon sino Mamurrias; pero lo mismo tiene.

Y Lucas prosiguió:

Señora mía, ¿Cuándo habló yo? — preguntó la señora Juana.
 Mi nombre aprendiste presto.
 ¿No se asoma á los balcones
 vuestra alteza? Bien lo creo
 Que no hay mujer que no sea
 amiga de balconeo.

— ¿Cuándo habló yo? — preguntó la señora Juana.

— Ahora, diga usted:

Entretenida me tienes

Con tu chistoso gracejo.

— Creo que han llamado — dijo la señora Juana.

— ¿Quién quiere usted que llame?

— En efecto, ¿quién será á estas horas?

— Nadie. Prosigamos. Ahora replico yo:

No siempre, señora mía,

Ha de andar vuestra tristeza

Sobre quitame esas pajas

Con su amor en tijeretas

— ¡Calla! que creo que vuelven á llamar.

Y Lucas proseguía:

¿Es posible, gran señora,

Que enriqueciendo á la tierra

Han de estar continuamente

Vertiendo sus ojos perlas?

— ¡Que no me dejas oír si llaman aquí! ¿Quién será?

Lucas continúa con entusiasmo:

Será Pilluno, ganoso

—Ya se ve que el
De ensangrentar el acero...
Y Júpiter su rival
Es quien le viene siguiendo.

—Anda á abrir, Lucas, que han dado cinco golpes.

Lucas se arrodilla á los piés de su madre y cogiéndole una mano, dice:

¡Oh! ¡Dánae divina y prodigiosa!
No esquivas y desdeñosa
Te niegues á mis altos esplendores
Negándome la luz de tus favores.

—Quita, bárbaro, que me haces mal.

Lucas continúa:

Siempre á tus piés he de llorar agravios,
O dame el sí que anhelo de tus lábios.

—Que han dado cinco aldabazos. Mira quien es.

Lucas se levanta, y dice:

Obedezco, señora, ardiendo en saña...

Amor y celos salen á campaña.

Resuene en todo el confin

El aparato marcial:

¡A guerra toque el clarín!

¡Al arma suene el timbal!

Gima el mar, tiemble la tierra,

Y entre espanto universal,

El valer que el pecho encierra

De embestir haga señal.

Lucas toma la llave de la puerta de la calle, y baja precipitadamente la escalera.

La señora Juana cruzó los brazos sobre la baranda del tramo impelida por

una viva curiosidad de saber quien podia visitarles tan temprano.

Pronto salió de estas dudas, para entrar en otras mas alarmantes.

La persona que habia llamado era la jóven Adela, que pálida y azorada subia la escalera tan precipitadamente como su estado de fatiga y debilidad se lo permitia.

La señora Juana bajó algunos escalones para recibirla.

Adela no pudo pronunciar una sola palabra.

La señora Juana olvidó su cojera, y lista como si no tuviera dolor ninguno en los piés, acompañó á Adela á su propio sillón y se sentó á su lado.

—Descanse usted, Adelita, descanse usted hasta que pueda hablar sin molestia alguna.

Adela manifestaba su impaciencia por hablar, y las primeras palabras que pronunció con dificultad suma, fueron:

—Es muy urgente...

Y no pudo proseguir.

—¿Que vaya alguno de nosotros á casa de ustedes? —preguntó la señora Juana.

Adela hizo signos afirmativos con la cabeza, de un modo que indicaba grande impaciencia y temor.

Por fin, despues de grandes esfuerzos, pudo la desgraciada niña balbucear entre sollozos.

—Mi hermano se muere, si pronto, muy pronto no se prestan cuidados, que ni mi pobre madre ni yo podemos prestarle.

Esto bastó para que la señora Juana comprendiese todo lo horroroso de la situacion de doña Petra y de sus hijos.

—Lucas —dijo con impaciencia— toma algunas monedas del cajón de mi cómoda, y corriendo te vas á casa de doña Petra, pero entras de paso en la primera fonda buena que encuentres, y sin hacer grandes detenciones, compras una gallina asada, una botella de Jerez seco, pan tierno, y sobre todo llévate el mayor de nuestros pucheros, y que te lo llenen de buen caldo. Te vas sin detenerte á casa de mi señorita, y le dices que procuren aliviarse, que aquí se ha quedado conmigo la señorita Adela, y que luego iremos las dos.

—Corriente— dijo Lucas —y tambien mandaré un coche de alquiler, para que la señorita Adela pueda volver con mas comodidad.

—Tienes razon.

— ¡Por Dios! — exclamó Adela.

— Hija mía — añadió la señora Juana — me sería imposible ir á pié.

Lucas que se habia ya provisto de algunas monedas, se salió precipitadamente.

Apenas habia salido Lucas, la jóven Adela cayó de rodillas á los piés de la que en otro tiempo fué su criada.

— ¿Qué es esto, señorita?... ¡por Dios!... — dijo muy conmovida la generosa dueña del cuarto.

Adela no pudo manifestar sus sentimientos con frases y los manifestó con lágrimas de gratitud.

La señora Juana le prodigó toda especie de palabras de consuelo, y cuando Adela estuvo algo tranquila pudo comer lo que la buena madre tenia ya destinado para el almuerzo de su hijo.

Todo esto se hizo en media hora, que fué lo que tardó el coche de alquiler en presentarse para conducir las á la casa en cuya buhardilla estaba casi estenuado el pobre Andrés, á quien la noche anterior habian hecho conducir á su casa en carruaje, los agentes de la autoridad que le rodeaban á poco de haber quedado desmayado en los brazos de su madre.

La madre era la más fuerte... ¡Cuánto resiste el corazon de una madre!

CAPITULO XXXIX.

EL ALMUERZO.

Quando Adela y la señora Juana llegaron á la buhardilla de doña Petra, tuvieron la agradable sorpresa de encontrar al jóven Andrés mas aliviado.

El puchero de esquisito caldo que Lucas habia comprado en una escelente fonda, el pan tierno, la gallina, el Jerez seco y otras provisiones de boca, que ademas de las que su madre le habia indicado, conoció el generoso jóven que podrian ser provechosas, comenzaban á ejercer su benéfico influjo sobre una dolencia cuya base principal era el hambre.

El primer cuidado de Lucas habia sido abastecerse de los combustibles necesarios para tener siempre buena lumbre.

Un gran barreño con ceniza y hermosas ascuas en el centro, cuya malignidad carbónica habia hecho evaporar en un tejadito que habia junto á una ventana de la buhardilla, templaba la humilde habitacion hasta el punto de hacer desaparecer el frio por completo, sin producir mas tufo que el agradable olor de los manjares.

La señora Juana ejercia la direccion del ramo suculento y alimenticio en toda la plenitud de sus soberanos derechos.

El hijo habia abdicado en favor de la madre. Dueña absoluta del ardiente barreño, la señora Juana teniale rodeado de cacharros de diversas hechuras y calibres.

— Me parece — dijo con orgullo la buena mujer — que estoy condimentando el almuerzo que dieron ustedes al señorito de Campofrio.

Al oír Adela el nombre de su amante, sintió palpar con tal fuerza su corazón, como si quisiera saltarle del pecho.

— ¡Qué bueno parece el tal señorito!

— Y lo es verdaderamente — dijo doña Petra.

— ¿Hace mucho que no le han visto ustedes?

— Desde que habitamos esta buhardilla.

— ¿No le han participado ustedes la mudanza?

— No era posible, se había marchado á Andalucía.

— Ya extrañaba yo no verle por aquí. Tengo entendido que se conocen ustedes desde muchos años.

— Mi Andrés y Luisito han vivido juntos desde su niñez, porque los dos se educaron en el mismo colegio.

— ¡Qué lástima que no esté aquí!

— ¿Para que presenciase nuestros infortunios?

— Para que los socorriese.

— Eso es, y vivir nosotros siempre molestando á los amigos.

— Es usted demasiado pundonorosa, señorita; los amigos son precisamente para ciertas ocasiones, y no hay verdadera amistad donde no hay disposición á favorecer á un amigo desgraciado.

— Yo estoy seguro — exclamó Andrés — que como Luisito pudiera, no tendría mayor placer en el mundo que sacarnos del miserable estado que nos aflige.

— Eso es muy natural — repuso la señora Juana.

— Señorito — alegó Lucas poniéndose muy estirado en frente de Andrés — mi madre tiene razón: es muy natural que el señor conde tuviese un gran placer en socorrer á ustedes. Lo conozco por lo que pasa ahora por mí... estoy mas contento que si me hubiese caído el gran premio de la lotería. Y todo porque el señorito Andrés está mejor desde que ha tomado mi caldo... y porque veo aquí á mi madre cuidándoles á ustedes... y mas que todo, porque la señorita Adela ha venido esta mañana á nuestra casa... Es una preferencia que nos honra mucho.

— Gracias, gracias — dijo doña Petra muy conmovida — muy agradecidos debemos estar á tanta generosidad; pero no es justo que abusemos de ella.

— Eso no es abusar — replicó Lucas — eso no es más que proporcionarnos la dicha de corresponder á los beneficios que hemos recibido continuamente de usted, doña Petra. Yo no olvidaré nunca que debo á usted la vida. Mil veces me ha referido mi madre lo que usted hizo por nosotros cuando estábamos miserables, y cuando me tenía á mí postrado en cama, muy enfermo, sin contar con mas recursos que los que su buen corazón de usted nos proporcionaba.

— Yo entonces era rica... — alegó doña Petra.

— Y nosotros lo somos ahora suficientemente para devolver á usted lo que le debemos. Ya ve usted que no hacemos mas que pagar una deuda sagrada; de consiguiente no debe usted darnos gracias... mi madre y yo somos los que debemos estar eternamente agradecidos á las bondades de usted... que al fin nos socorria sin tener obligacion alguna de hacerlo, y solo por el placer de ejercer actos de beneficencia. Y lo que ustedes hicieron anoche, lo que con laudable franqueza me ha contado el señorito Andrés, no debieron hacerlo de ningun modo. Mi madre se horrorizará como yo cuando lo sepa.

— ¿Pues qué hicieron? — preguntó con ansiedad la señora Juana.

— No quiera usted saberlo madre.

— Escitas mi curiosidad con tu reserva. Dímelo ¿qué hicieron?

— Salieron por la noche — dijo Lucas muy afectado.

— ¡Dios mio!... ¿A qué? — preguntó alarmada su madre.

— A pordiosear por las calles.

— ¡Ustedes! — gritó con horror la señora Juana.

— Debíamos apurarlo todo antes de incomodar á nuestros amigos — alegó doña Petra.

— ¿Y á quien diria usted que fueron á pedir limosna?

— Fué casualidad... Andrés se dirigió á un caballero sin conocerle — dijo doña Petra llorando.

— ¿A quién? — preguntó estremecida la señora Juana.

— Al señor de Mendilueta — respondió Lucas.

— ¿Al opulento banquero?

— Al que les arrojó de su casa.

— Le conocimos despues — dijo doña Petra — por su voz.

— Les hablaria á ustedes avergonzado de su conducta — repuso la señora Juana.

— Los usureros no tienen vergüenza — exclamó Lucas con indignación.

— ¿Pues qué dijo?

— Llamó tuno al señorito, y le apartó de un empellón...

— ¡Es posible!

— El día que me le encuentre solo por la calle... — añadió trémulo de cólera Lucas, agitando el puño cerrado en ademán amenazador.

— ¿Pero cómo se atrevieron ustedes á hacer eso estando nosotros en Madrid? — preguntó la señora Juana con los ojos preñados de lágrimas.

— ¿Y para qué? — alegó en tono de reprensión Lucas. — Para recibir un desengaño... un castigo de la Providencia.

En este momento, doña Petra y sus hijos cayeron repentinamente de rodillas á las plantas de Lucas y de su madre, prorumpiendo los tres en amargo llanto.

— ¿Qué es esto? — balbuceó entre sollozos la señora Juana.

— Levántense ustedes, por Dios, doña Petra... señorita Adela... — decia Lucas también llorando y haciendo esfuerzos por levantar á la viuda y á sus hijos.

Levantáronse por fin, y llorando á gritos doña Petra y Adela se abrazaron á la señora Juana, mientras Andrés estrechaba contra su seno á Lucas, exclamando:

— ¡Hermano mío!... perdon...

Una larga pausa siguió á estas palabras.

El llanto habia formado un nudo en todas las gargantas.

Nadie pudo hablar hasta que el mismo lloro desahogó los corazones.

En medio de su dolor no perdió Lucas el vicio que tenia de aplicar algunos versos de comedia á ciertas situaciones; así es que despues de secarse las lágrimas y de sonarse repetidamente, dijo:

— No hablemos mas de eso..... Lo ocurrido debe servir á ustedes de lección.

Del hombre la dignidad

Queda desairada... muerta,

Para el que de puerta en puerta

Mendiga la caridad.

Alarga débil la mano...

Pide con hambre el sustento,

Y responde el opulento:

«Dios le ampare á usted, hermano.»

Esto hiere el corazón...

Esto degrada... envilece...

Y el honrado no merece

Tanta ignominia y baldon.

Es oficio vil y bajo

El de pobre pordiosero,

Y vale mas que primero

Le mate á uno el trabajo. (1)

— ¡El trabajo! — exclamó Andrés — hace tiempo que le busco infructuosamente.

— Usted que tiene talento — repuso Lucas — que escribe perfectamente... no dude usted que encontrará con facilidad una buena colocacion.

— Todos me dan esperanzas para el porvenir...

— Yo le ayudaré á usted... Tengo muchas relaciones... pero ahora no debe usted pensar en eso...

— Los dias pasan — dijo Andrés melancólicamente — y crecen los apuros.

— Ahora han cesado los apuros... Todo corre de nuestra cuenta... ¿verdad, madre? — y Lucas miró con orgullo á su buena madre. — Ustedes no deben pensar, durante algunos dias, mas que en restablecerse, recobrar el buen humor y la salud... y cuando estén buenos y alegres, buscaremos trabajo para todos. Entretanto, aquí estoy yo, que gano á Dios gracias buenas pesetas, y nada ha de faltar.

Todos escuchaban al buen Lucas con enternecimiento, particularmente su madre, que se envanecia de tener un hijo tan benéfico y generoso como ella.

— Mañana — dijo esta honrada mujer — se trasladan ustedes á nuestro cuarto.

— Eso no, repuso doña Petra — y perdone usted, señora Juana, si no le doy gusto en eso. Ustedes hacen demasiado por nosotros. A los desvelos de usted, á la generosidad de su hijo, y á la amistad de los dos hemos debido

(1) LA NOBLEZA DEL ARTISTA, drama del autor de esta novela.

hoy nuestra salvacion. Yo espero, ya que en ello se complacen ustedes, que se contentarán con que sigamos recibiendo sus beneficios, hasta que Dios se apiade de nuestros padecimientos y nos proporcione los medios de recompensar á ustedes lo que hacen por nosotros; pero permitan ustedes, mis queridos amigos, que por nuestra parte nos mostremos dignos de los dulces consuelos que ustedes nos prodigan. Con lo que hoy nos ha traído Lucas tenemos para pasarlo muy bien algunos días, y si algo nos hace falta, irá Andrés á buscarlo á su casa de usted, señora Juana.

—Por supuesto que sí—dijo esta—y espero que no me darán un nuevo disgusto como el que he tenido al saber lo de anoche.

—No tema usted; pero quisiera ahora pedir á usted un nuevo favor.

—No tengo mas placer que dar á usted gusto en todo.

—Pues bien, ahora van ustedes á almorzar con nosotros; pero despues quisiera que se retiráran á sus quehaceres.

—Hoy es dia de los Reyes, señora doña Petra—dijo Lucas—y nada tenemos absolutamente que hacer... á no ser que se quiera llamar ocupacion al ensayo de una funcion dramática... porque esta noche tengo ensayo de la comedia que vamos á representar, algunos aficionados, á mediados del corriente mes, en celebridad de mi casamiento. Ya ve usted, doña Petra, y ustedes tambien señorita Adela y señorito Andrés, es preciso que para aquella noche hayan recobrado ustedes la salud y la alegría. El mejor palco será para ustedes.

—Si la novía es tan buena como usted—dijo doña Petra—van á ser ustedes muy dichosos!

—Es una buena muchacha—repuso la señora Juana.—Yo espero que verdaderamente serán felices.

—Me alegraré mucho que así sea—dijo doña Petra.

—Y quedan ustedes convidados para las bodas—esclamó Lucas.

—¿Cuándo es el casamiento?—preguntó Andrés.

—A mediados del presente enero.

—Muy pronto es.

—Es que soy capaz de dilatarlo hasta que todos ustedes gocen de la mejor salud. Quiero que asistan ustedes á mis bodas y que todo el mundo esté contento, como dice el rey en la comedia de *Amor vencido de Amor*, cuando esclama:

Astolfo, por vida mía
 Que de vuestra parte hagais
 Por mejorar lo posible,
 Porque siento dilatar
 Ya mi boda tantos dias.
 Yo quiero hacer empezar
 Las fiestas de tanta dicha,
 Porque en regocijo tal
 Tendreis gusto de mi gusto,
 Y el de todos causará
 En vos un divertimento
 Con que acabeis de sanar.

—¡Quién pudiera tener tu buen humor!—dijo Andrés.

—¿Y por qué no han de tener ustedes buen humor? ¡Válgame Dios! me da mucho pesar ver á ustedes así... particularmente la señorita Adela, que ni siquiera toma parte en nuestra conversacion, ¿No se siente usted bien?

—Estoy mucho mejor—respondió Adela— y aunque no tome parte en la conversacion, me es muy grata... Veo en Andrés una mejoría muy notable... tambien observo que mi mamá está tranquila... ¿y quiere usted que no participe yo de estas ventajas que debemos á la generosidad de ustedes?

—Como la veo á usted tan silenciosa...

—Me tienen absorta semejantes bondades.

La pobre Adela se esforzó por disimular la dolorosa impresion que habia dejado en ella el recuerdo del conde de Campofrio, á quien habia nombrado la señora Juana, como estrañando que nada hubiese hecho en favor de la viuda de Ibarrola y sus hijos, toda vez que se suponía un amigo íntimo y antiguo de esta desgraciada familia.

Adela nada habia vuelto á saber del conde desde el fatal momento en que al despedirse él para Andalucía, le dió ella el terrible desengaño, del cual ya tiene conocimiento el curioso lector.

Quando la señora Juana tuvo arreglado el almuerzo, sentáronse todos alrededor de la mesa, y comieron con el apetito que es de suponer.

Lucas estuvo tan jovial y feliz en sus ocurrencias, que casi contagió á los demas de su buen humor, intercalando siempre sus versitos de comedia

y sus melodias de zarzuela cuando la ocasion se le presentaba propicia, por manera que el espíritu de los desventurados inquilinos de aquella triste buhardilla, dejó de verse avasallado por la desesperada amargura que poco antes le mortificaba, y su parte fisica recobró grandes ánimos con el sano alimento que acababa de recibir.

Lucas pidió permiso de ir á visitar á su novia, que al momento le fué concedido, bajo la condicion de que habia de volver al medio dia por su madre, la cual tuvo que acceder á los ruegos de doña Petra, y prometió retirarse á su casa á cuidar de sus piernas, que aun se resentian del último ataque de reuma que habia sufrido.

Lucas se despidió de aquella interesante reunion, recitando los siguientes versos de la zarzuela Júpiter y Danae:

— Adios, señor y señoras,
 Que está mi amo en el camino
 Esperándome, que quiere
 Ir á matar un vestiglo,
 Que es una vieja que ha dado
 En el comun desatino
 De llevar con diez volantes
 Siete varas de tontillo.

Acompañemos á Lucas á la habitacion de su novia para regresar con él en busca de su virtuosa madre.



CAPITULO XL.

LA DISCULPA.

Poco le faltó que no llegase Lucas demasiado tarde á casa de su novia.

Cármen se habia puesto muy elegante con motivo de ser el día de los Reyes, y deseaba con ansiedad que la viera Lucas.

La ramilletera estaba verdaderamente llena de hechizos.

Parecia una de esas donosas campesinas ó lindisimas jardineras que forman la figura principal en algunos de los bellisimos paisajes de nuestros antiguos pintores.

La cabeza magnificamente peinada con la gracia que saben hacerlo las hermosas hijas del pueblo en Madrid, no alardeaba mas adorno que una vistosa flor, colocada con donosura á la parte izquierda del ahuecado bandó, el cual, formando acompasadas ondas por las sienes, semejava un dosel de raso como para cobijar dos ojos negros, donde parecia estar anidado el hijo de Venus para flechar á los hombres.

La negrura del cabello participaba de un lustre azulado que hacia contraste con el pañuelo blanco de seda de la India, encuadrado en anchas franjas doradas, que circundaba con holgura y coquetería aquel rostro agraciado, al cual daba un realce fabuloso cierta sonrisa que se desprendia del car-

min de sus lábios, mas deliciosa que el aroma que se desprende del carmin de un clavel.

El pañuelo en cuestion parecia no querer separarse de la cabeza que se le habia confiado, y solo se apartaba de ella imitando á un capuchon moruno medio caido, como orgulloso en dejar ver el hermoso busto que atesoraba.

Efectivamente, los encantos de este busto hubieran arredrado al mismo Rubens, cuyos mágicos pinceles dudamos mucho hubiesen podido trasladar al lienzo tantos encantos y perfecciones.

Cármen era moreña y de no avanzada estatura; pero como casi todas las madrileñas tenia una cinturā delgadísima, que ya Trifon habia celebrado cuando dijo que *cabia en una sortija su cuerpecillo gentil*; y un andar tan airoso, que era imposible verla sin detenerse á contemplarla.

Se armonizaban admirablemente con su tez de color broncino claro y sonrosado, los pendientes de largas lágrimas de coral engastadas en oro, como la cruz pendiente de una angosta cinta de terciopelo que ceñia su cuello.

El vestido escocés de lana á cuadros verdes y encarnados, se amoldaba divinamente á las redondeadas formas de su flexible cuerpo, y contribuia en gran manera á la belleza del todo, el pañuelo de talle, de crespon bordado, de color de naranja, cuya punta posterior dejaba libre la esbeltez de la cintura, y las otras dos se cruzaban con mucha gracia sobre el levantado pecho.

Aunque el vestido no era corto en demasia, lo era suficientemente para hacer mas airoso el conjunto, y dejar ver al menor soplo de viento, y aun sin viento, no solo el finísimo bordado de unas enaguas blancas como la nieve, sino el diminuto pié con sus botitas de tafilete negro.

Olvidábamos el delantal, una de las prendas que con mas coqueteria saben llevar las hermosas jóvenes de Madrid.

Cármen le vestia morado oscuro de seda, guarnecido de rica puntilla, prendido con cintas estremadamente anchas, que se cruzaban por el talle á guisa de cinturon, y formando un gran lazo al costado derecho, caian las puntas graciosamente hasta el mismo nivel del delantal en desiguales ondulaciones.

Cuando llegó Lucas á la presencia de Cármen, cansada esta de aguardar, habia tomado ya su lindo cesto lleno de ramilletes para salir á pregonarlos por los sitios mas concurridos de Madrid.

Lucas entró en la habitación de su novia diciendo:

Déme de albricias sus plantas,

Si merece estos favores

Quien le trae á vuestra alteza

Todo un cielo por consorte.

—Me parece que ya es hora de venir — exclamó Carmen enojada.

—Pues no será por no haber madrugado — repuso Lucas.

—Ya se conoce... Haberme prometido que vendría temprano, y viene á mas de las diez!... Pues mira, ya me iba á marchar...

—¿Sin aguardarme?

—Hace tres horas que te aguardo vestida como me ves...

—Y por cierto muy hermosa y muy elegante... ¡Cáspita! y qué bonita estás hoy! ¡Y qué bien te sienta ese traje nuevo! Qué lástima que no seas ya mi mujer!

—Cómo no cambies de conducta, me parece que no serás tú mi marido.

—¡Cármén! — exclamó Lucas enojado — eso ni en chanzas debes decirlo.

—Pues digo lo que siento — replicó la ramillettera enojada á su vez.

—No es posible.

—Cuanto mas se aproxima el dia de nuestro casamiento...

—Ya no faltan mas que dos semanas escasas — dijo Lucas en tono jovial, restregándose las manos.

—Tanto peor te portas conmigo.

—¡Que me portó mal contigo! ¿Pues de qué te quejas?

—¿No me prometiste ayer venir hoy á las siete para acompañarme, toda vez que es dia de fiesta y nada tienes que hacer?

—Esa era mi intencion; pero ha habido en casa grandes novedades... y por cierto muy dolorosas.

—¡Qué dices! — exclamó Carmen asustada. — ¿Está la señora Juana peor?

—Mi madre está mucho mejor, á Dios gracias.

—¿Pues qué ha sucedido?

—Al rayar el alba, ya estaba yo estudiando mi papel, cuando oigo de repente que llaman á la puerta.

—¿Quién era á tales horas?

- La hija de la señora de Ibarrola.
- ¿La señorita Adela?
- La misma.
- ¿Que queria?
- Que fuésemos á su casa.
- ¿Por qué?
- Nada... Te vas á afligir demasiado si te lo digo.
- Habla —dijo con impaciencia la tierna jóven.
- Ha venido á pedirnos que fuésemos inmediatamente á cuidar de su hermanito que estaba enfermo.
- ¿Pero no estaban ella y su madre para...?
- Los tres estaban enfermos.
- ¿De qué?
- De miseria.
- ¡Dios mio!
- Y el señorito Andrés á punto de morir de hambre.
- Calla, calla, eso es increíble... Siempre te ha gustado ponderar las cosas.
- Te aseguro que no hay la menor exageracion en mis palabras.
- Pero ¿cómo puede hallarse esa familia en tan horrible estado de indigencia?
- Yo no sé.
- Yo tenia entendido que la señorita Adela se casaria al fin con el conde de Campofrio.
- Yo tambien; pero segun parece no habia entre ellos mas que íntimas relaciones de una amistad muy antigua.
- ¿Y cómo no les ha socorrido ahora?
- No sabe nada ni está en Madrid. Parece que se marchó á Sevilla para arreglar la herencia de su padre.
- ¡Jesus! ¡Jesus! qué cosas tan estrañas me cuentas!... estoy asustada de oírte. ¿Y qué habeis hecho?
- Mi madre y yo hemos corrido inmediatamente en su socorro, y así que han probado buenos alimentos, ha desaparecido el peligro que les amenazaba.
- ¿Es decir que les habeis salvado de una muerte horrorosa?

—Lo que es el señorito Andrés parecía verdaderamente un cadáver.

—¡Cuánto envidio tu buena accion, Lucas!

—Es decir, que ya no me regañarás porque he venido tarde?

—Y has hecho muy mal en abandonar á aquellos pobres señores, si tu presencia les era útil.

—Ha quedado mi madre allí; pero debo ir á las doce por ella, porque no quieren que nos molestemos mas.

—Mi madre podria reemplazarla.

—Ya no hay necesidad.

—Tú y tu madre sois tan egoistas...

—¿Por qué?

—Porque siempre os guardais para vosotros solos el ejercicio de las buenas acciones. Pues mira que yo tambien quiero contribuir al bien de esa desgraciada familia. Ahora cuando te vayas te llevarás la bolsa de mis ahorros.

—No la admitirian... son personas sumamente delicadas, y precisamente nacen de esta estremada delicadeza sus infortunios.

—Valte de algun medio ingenioso... Yo he ganado mucho dinero en estos dias, y lo ahorraaba todo para los gastos de nuestras bodas; pero ¿qué importa que estas no sean lucidas? Por eso no dejaremos de ser marido y mujer, y de querernos mucho. Si á lo menos lograses que esos pobres señores admitiesen la mitad de lo que he juntado...

—Veré si me ocurre alguna estratagema...

—¡Oh cuánto me alegraria!

—Pero te repito que es muy dificil. Hoy hemos quedado en que doña Petra, que es la madre, nos pedirá con franqueza todo lo que le haga falta.

—Pues cuando pida algo, quiero pagar la mitad.

—¡Qué buena eres, Cármen! Si no te quisiera ya todo lo que puede querer un corazón enamorado, hoy creceria mucho mi amor al ver el afan con que deseas enjugar el ageno lloro.

—¿Y eso que dices, es galanteo ó verdad?

Lucas responde con los siguientes versos:

De galan nunca tuve presunciones,

De enamorado sí; porque imagino

Que si fuera posible reunirse

— Todo el amor de cuantos se han querido,
 — Formando un sólo amor, del que te tengo
 — Aun no pudiera bosquejar los visos;
 — Mas no es amor el mío, es un incendio,
 — Es un volcan tan eficaz y activo,
 — Que penetrando con oculta fuerza
 — Hasta lo mas secreto y escondido
 — Del corazon, le abrasa, le devora
 — Tanto, que ya no puedo resistirlo.

— ¡A Dios, tonto!

— ¡A Dios, hermosa!

— Todo mi corazon llevas contigo.

— Ya sabes que no quiero amores de comedia... — dijo sonriéndose Cármen, y mientras se dirigia á la escalera, añadió: — Voy á ver si hago hoy alguna conquista, porque estoy cansada de un amante que no sabe enamorarme sino con retazos de comedias.

— ¿Y serias capaz de dejarme por otro?

— Por otro que me amase de veras, tal vez.

— ¿Pues crees tú que le hallarias que te amase tan de veras como yo?

— A lo menos me lo diria con palabras que salieran de su corazon, y no iria á buscar las de los poetas que suelen ser todos unos grandísimos embusteros.

— Pues escúchame, perla mia.

— ¡Vaya una perla!... mas blanca que un tizon...

— Ya sabes tú que precisamente en lo moreno está toda la sal de España.

— ¿Y qué quieres que escuche?

— Las palabras que van á salir de mi corazon, ya que así las deseas.

— ¿Qué tienes que decirme? — preguntó con gachonería la ramilletera, poniendo en jarra el mismo brazo que sostenia el cesto de las flores y mecíendose con suavidad.

— Que te quiero mas que á mi vida... que siempre te querré con lealtad... porque lo he jurado así, y tendré orgullo en ser el marido de una jó-

ven tan linda y tan honrada.... así como le tengo ahora en ser tu novio ; en una palabra, que estoy impaciente porque el señor cura nos dé su santa bendicion , á fin de...

—Basta —dijo riéndose Cármen—no hay necesidad de que lleves tan allá tus esplicaciones.

—Es que me falta aun mucho que decir... y siempre en el lenguaje del corazon.

—Ese, ese es el único que halaga mi amor propio , porque yo no conozco otro para espresarme , así es que nunca falto á la verdad.

—¿Ni cuando me aseguras que me amas?

—Entonces menos que nunca ; y vamos andando , que es tarde y lo mismo podemos hablar aquí que en otro sitio. ¿Me acompañas?

—Hasta que den las doce. Ya te he dicho que he de ir por mi madre.

—Pues vamos.

—¿Sin saludar á la señora Brígida?

—Le diremos á Dios de paso... Esta en la cocina.

Y bajando la escalera , dieron los buenos dias á la señora Brígida , y salieron á la calle , donde ambos estuvieron muy finos y contentos hasta la hora de su separacion , quedando en volverse á ver por la tarde.

CAPITULO XLI.

ABNEGACION.

—Eran las dos de la tarde cuando la señora Brígida y su hija la graciosa ramilletera acababan de comer.

Cármen estaba aun saboreando almendras tostadas, que eran sus postres favoritos, cuando oyó la sonora voz de Lucas, que subía la escalera cantando lo siguiente:

Gilguerillo pintado

Que lloras triste,

En ser tan agraciado

Tu mal consiste.

¡Oh hado esquivo!

¡Oh estrella dura!

¿Qué delito es nacer con hermosura?

—Si hubieras llegado un poco antes—dijo Cármen al ver á Lucas—hubieras podido acompañarme á comer los postres.

—Yo siempre llego tarde—respondió Lucas sentándose á la mesa—pero ya que se acabaron los postres, espero que habré llegado á tiempo para el café.

- Como no le quieras de ranas...
- ¿De veras no tomas café?
- A no ser que tú me convides...
- ¿Por qué no? Ya sabes que en mi bolsillo hay siempre un duro que gastar en obsequio de mi futura...
- ¿De veras?
- ¿Pues qué no es tuyo todo lo mio?
- Qué sé yo... hasta que el cura nos haya dado la bendición...
- Verdad es que hasta entonces no podemos llamarnos marido y mujer ; pero esto no quita para que consideres como tuyas todas mis propiedades.
- Me alegro de verte generoso.
- ¿Me has visto alguna vez tacaño contigo? Lo que yo siento es que no admitas todo lo que yo quisiera darte.
- Pues mira, voy á poner hoy á prueba tu generosidad.
- Que me place.
- Quiero que me llesves á los novillos.
- Corriente.
- Pero ha de ser á delantera de grada.
- ¡Cuatro reales que se pagan á la entrada sin necesidad de billetes!
- ¿Qué es esto para un artista de mi posicion?
- Quiero lucir mi traje nuevo.
- Y hacer monadas...
- Quiero hacerte honor.
- ¿A mí?
- Que vean que llevas á tu lado una buena chica.
- ¡Y qué! ¿no me lo merezco yo?— preguntó Lucas ladeándose un poco el calañés.
- Una sola variacion haré en mi traje.
- De todos modos estarás encantadora.
- Me pondré la mantilla.
- Lo he acertado en calarme el calañés. Vamos á hacer una buena pareja.
- Pero que no me vengas con ridiculeces.
- ¿Qué quieres decir?
- Que si alguno de mis parroquianos me saluda...

— Hazte la distraida.

— No me gusta ser grosera.

— Pero tampoco es bueno ser amable con todo el mundo.

— Con los conocidos...

— Una muchacha decente no ha de ser amable sino con su novio.

— ¿Pero crees tú que pueda yo llevar mala intencion?

— Eso es bueno para sabido; y los que no te conocen pueden creer otra cosa... y no quiero que me pongas en ridículo.

— ¡Luego dirás que no eres raro!

— Soy muy prudente... no me gusta hacer el oso.

— Entonces tendras que hablarme continuamente sin resollar...

— ¡Sin resollar!

— De este modo podré hacerme la distraida...

— Y quedarte sin ver los toros y sin que yo los vea.

— Pues eso hacen todos los que se festejan.

— ¿Y qué he de decirte durante tantas horas?

— ¡Toma! esas cosas que sabeis decir los hombres... lo de siempre... que soy bonita y que me quieres... y ¿qué sé yo? todos esos chicoleos de costumbre.

— Pero todo eso se dice en cinco minutos.

— Ya, tú porque antes de casado empiezas á fastidiarte de mi compañía.

— Calla, calumniadora, calla, que bien sabes tú que es todo lo contrario, y que no soy dichoso mas que al lado de mi Carmencita. Yo creo que me has dado alguna cosa para tenerme cada vez mas enamorado y mas lelo..... que no hago mas que pensar en tus gracias...

— Si eso se pudiera creer...

— Te lo juro por esta cruz....—y Lucas besó el pulgar de su mano derecha cruzado con el indice.

— ¿No ves? Dime siempre cositas por el estilo, y me tendrás entretenida para que no parezca grosera á los que me busquen conversacion. Hablando contigo ya nadie se atreverá...

— Y si alguno se atreve...

— Haré que no le oigo... y seguiré escuchándote á tí.

— Pues mira, cuando ya no sepa que decirte...

— Dicen que los enamorados siempre tienen de qué hablar...

—Pero como tú quieres que todo sea de mi propia cosecha...

—¿Cómo de tu cosecha?...

—Quiero decir que si no te enojase el que aplicase algunos retazos de comedias á nuestros amores...

—Yo no quiero retazos de nadie.

—Es lástima, porque sé de memoria una porcion de parlamentos...

—¡Dios me libre!

—Y cuando ya hubiese apurado mis galanteos, te recitaria todo el *Convidado de piedra*.

—Seria el medio de que buscase yo la conversacion del hombre que tuviese mas inmediato.

—¡Qué ódio tienes á los versos de comedia! Es extraño en una aficionada como tú que representa perfectamente *La Marcela*, y que no tiene rival cuando dice:

Buenas palabras... á todos;

Mi corazon... á ninguno.

¡Con qué graciosa coquetería decias: «á ninguno!» Sin embargo yo he conquistado ese corazon.

—¿De veras lo hago bien?

—¡Qué Matilde ni qué Teodora! Eclipsas á todas las actrices del mundo. ¿Te acuerdas qué aplausos nos dieron en Armida y Reinaldo? ¡Qué bien lo hicimos! ya se vé, como se interesaba el corazon. Tú siempre declamabas con timidez los primeros versos. Se conocia que temblabas cuando decias:

¡Qué tranquilo se mira y sosegado

En los brazos del sueño el amor mio!

Mas ¿cuando no descansa dulcemente

Un amante feliz correspondido?

Y á mí me daba un gusto oírte decir tan tiernas cosas haciéndome el dormido... y luego cuando con la guirnalda de flores me enredabas los brazos y me decias:

Duerme, querido, duerme, alma mia!

—Pero como tu como tu...
 —¿Como he de...
 —Quiero...
 —Yo no quiero...
 —Es...
 —Dios...
 —Y cuando...
 Duerme objeto adorado de un cariño
 Abrasador del mas sensible pecho,
 Pues aunque todo el tiempo que no miro
 Las luces halagüeñas de tus ojos
 Estoy considerando que no vivo,
 Solo la persuasion de que descansas
 De mis amantes ánsias es alivio.

¿Cómo habia yo de escuchar estas ternezas sin conmovirme? Unas ganas tenia de levantarme y abrazarte y darte mil besos... Parecia que me dijeses la verdad... con esa voz tan melodiosa que tienes y esa boquita de rosa.... Yo abria unos ojazos en medio de mi fingido sueño, y te veia tan hermosa... Entonces me enamoré de tí... y cada vez que te miro te encuentro mas hechicera y cada dia que pasa te quiero mas. Y sabiendo el origen de nuestros amores, es muy extraño que tengas odio á los versos de las comedias.

—Yo no tengo odio alguno á los versos de las comedias, al contrario, siempre me han gustado mucho, por eso me aficioné á representar; pero lo que no me gusta es que para decirme tú *que me quieres*, me encajes una relacion del Mágico africano ó del Catalan Serrallonga. Quiero que me enamores con palabras tuyas, que ya tienes edad y picardía para saber enamorar sin buscar requiebros en el repertorio de un comediante.

—Hasta para burlarte de mí tienes gracia... ¡bendita seas!

—¿Y por qué venias cantando la copla del gilguerillo?

—¿Qué sé yo?

—Es que como todo lo aplicas á nuestras cosas...

—Hago bien.

—Es que no sé á que viene aquello de que *su mal consiste en ser tan agraciado*.

—Tambien tú eres muy agraciada.

—¿Y qué mal hay en ello?

—Que si no fueras tan bonita, viviria yo mas tranquilo.

—No sé por qué.

—Fácil es adivinarlo. Ahora todo el mundo te mira... todos los hombres te echan requiebros, y eso no me gusta. Y hoy que hemos de andar toda la calle de Alcalá en medio de tanta gente... El primer dia voy á tener una ri-

ña con cualquiera... ¡Hay jóvenes tan atrevidos!

—Mientras se contenten con decirme que soy linda ó que tengo buenos ojos, ¿qué te importa á ti?

—Es que entonces abrigan algún mal pensamiento, y no me gusta que ni por imaginacion me la peguen.

—¿Quieres que nadie me diga nada por el camino?

—Eso es lo que quiero, que ninguna falta pueden hacerte sus requiebros. Que vayan á requebrar á las fieras del Retiro. No estás tú para oír necedades.

—Fácilmente puedes evitarlo.

—¿Cómo?

—Llevándome en carruaje.

—Tienes razon, iremos en calesin.

—¡Ay que gusto!

—Ya puedes ponerte la mantilla, porque es tarde, y apenas tendremos el tiempo suficiente para llegar á la plaza.

—¿Y no tienes tú que volver á casa de la señora de Ibarrola?

—No por cierto, ya todo está arreglado.

—¿Y qué haceis con esos pobres señores?

—Tengo que darte una mala noticia.

—A buena hora, en el momento de irnos á los novillos.

—Es que yo no sé si es buena ó mala.... Lo que es para mí es muy mala...

—Entonces lo será tambien para mí.

—Es que tambien es muy buena para mí.

—El diablo que entienda lo que dices.

—Es un asunto que he de consultar contigo, y lo que se haga, bueno ó malo, tú lo habrás resuelto; así hemos quedado con mi madre.

—Si no te esplicas con claridad, no puedo comprenderte.

—Díme, ¿sentirias mucho que nuestro casamiento se dilatase hasta febrero?

—Ya se vé que lo sentiria, me incomodaria mucho, y creeria que buscas algun motivo para no casarte.

—¿Lo ves? Por eso he dicho que era una noticia muy mala.

—¿Y era esa la noticia que habias de darme?

—Te repito que será lo que tú resuelvas. Dime, ¿te gustaría que entre tú y yo sacásemos de la miseria á la señora viuda de Ibarrola y á sus hijos?

—Seria una satisfaccion muy grande para mí.

—¿Lo ves? Por eso he dicho que era una noticia muy buena.

—Esplicáte de una vez.

—Ya sabes mi resolucion de vestirme de caballero el dia que me case contigo. Ahora repetiré lo que me decias hace poco. Quiero hacerte honor... quiero que vean que has sabido escoger un buen chico..... un mozo elegante... Pero es el caso que para armarme caballero iba reuniendo mis ahorros á fin de mandarme hacer un lucido trage de paño negro para las fiestas, y otro de color para todos los dias.

—Yo tambien guardo mis ahorros para entonces.

—Pues bien, el caso es que para mantener á la familia de Ibarrola de una manera decente, hasta que el señorito esté enteramente bueno, y encuentre una buena colocacion, necesitamos tener disponible una cantidad suficiente para que no nos veamos el primer dia en un apuro.

—Te entregaré mi bolsa.

—La acepto de muy buena gana, y uniendo su contenido á lo que tengo yo ahorrado, y á lo que tú y yo vayamos de nuevo adquiriendo con nuestro trabajo, tendremos para atender con desahogo á las necesidades de nuestros protegidos.

—Es verdad, de nuestros protegidos... ¡Qué delicia es proteger á los desgraciados! ¡Si vieras como me palpita de gozo el corazon!

—Y cuando el señorito Andrés encuentre una buena colocacion, cosa que le será muy fácil con el talento que tiene y las bellas cualidades que le adornan, ya no les hará falta nuestro apoyo... y entonces nos deberán su dicha, sin que nosotros perdamos nada, porque estoy seguro que recompensarán á su vez nuestro desprendimiento.

—Por mi parte —dijo Cármen enternecida— no quiero mas recompensa que el placer de verles dichosos.

—Yo tampoco desearia otra; pero has de reflexionar, querida mia, que necesitamos ese dinero para casarnos...

—Es verdad... ¡Válgame Dios! ¡Que haya tantas dificultades para ser bueno! ¿Qué podríamos hacer?

—Yo no veo mas que un medio.

—¿Cual es?

—El sacrificio de dilatar nuestro casamiento...

—Verdad es que es un sacrificio muy sensible.

—¿No te encuentras con ánimo de realizarle?

—Cuando ya faltan pocos dias para ver colmada mi felicidad...

—Esperemos un mes mas... solo un mes... y ademas de ver colmada nuestra felicidad, veremos tambien felices á los señores de Ibarrola, y tendremos el doble consuelo de gozarnos en nuestra dicha y en la que nos deberán la señora viuda y sus hijos, de quienes recibiremos con júbilo las mas halagüeñas bendiciones.

—Es verdad, es verdad, Lucas... dejemos nuestro enlace para el mes de febrero, suframos este sacrificio para enjugar lágrimas ajenas, y en celebridad de nuestra resolucion, hagamos hoy el último despilfarro. Quiero ir á los novillos en calesin, y á la salida me has de llevar al café á tomar un vaso de leche amerengada.

—Corriente.

—La dilatacion de nuestras bodas, es una verdadera desgracia para mí; pero es indispensable para el bien de los demas, y á fin de atenuar nuestra amargura, acepto los novillos, el coche y el refresco, y queda mi bolsillo á tu disposicion. Por de pronto ya no voy esta noche al ensayo del *Perro del Hortelano*. Dirás á los amigos que la primera dama tiene jaqueca.

—Sí, sí, dejaremos para mas adelante los ensayos, y en vez de la zarzuela de Júpiter y Dánae, repasaremos las dos partes de *Armida y Reinaldo*, para terminar nuestra carrera dramática con la misma obra que nos valió tantos aplausos en nuestro estreno. No me gusta representar el papel de Mammurrias; luego se me quedaria este apodo.... Allá vá Mammurrias, dirian al verme los que hubiesen asistido á la zarzuela, y no quiero que tengas un Mammurrias por esposo. Vale mas *Armida y Reinaldo*, donde todo respira amor. Aun me acuerdo de cuando Ubaldo insulta á Reinaldo y le llama afeminado Adonis y Narciso de aquellas selvas, que él le contesta de este modo:

Justamente esperaba estos denuestos;

Mas no creí que amar fuese delito.

Mira aquella paloma que á su esposo

Le da mil besos con rosado pico,

Mira como le arrulla y le festeja,
 Como bate las alas, y con giros
 Y tornos le requiebra blandamente,
 Mira cómo formando estraños visos,
 El sol, que en su plumage reverbera
 Se eriza, y despidiendo mil gemidos,
 Explica su dolor, porque su esposo
 A otra paloma aproximarse ha visto.
 Aquel tigre feroz, que la espesura
 Rápido atravesó, es porque ha oído
 Salir de la caverna á su querida
 Y la sigue celoso y vengativo.
 Esa palma, si lánguida desmaya,
 Es porque le han quitado á su querido.
 Todo es amor el orbe, todo ama...
 Pues si lo vejetable es sensitivo,
 Y aun lo insensible ama ¿por qué me culpas?
 Quita el amor del mundo, Ubaldo mio,
 Y verás que su máquina soberbia
 Perece entre mortales parasismos.
 Y viendo que Cármen estaba ya aguardando con la mantilla puesta, Lucas añadió:

Vamos, hermosa Armida, que ya es tarde
 Y vamos á quedarnos sin novillos.

Mientras la hermosa ramilletera y su digno amante se dirigian á la plaza de toros, ocurría una inesperada escena en casa de la viuda de Ibarrola. Vamos á referirla en el siguiente capítulo.

de los mortales en sus ojos de la fragilidad para que sepamos el valor de los desvalidos... virtud que no habíamos encontrado en las santísimas moradas de los ricos, virtud desconocida entre los que tal vez poseen riquezas tales, porque no saben lo que es miseria... porque los ayes de los que salen se apagan al estirpito de los brazos de los salones... porque hay cuando ven una persona mal vestida, temiendo que les manche con su roce,

CAPITULO XLII.

o les infesta con su aliento con su aliento del hombre feo del hombre artesano, que sabe lo que son escaseces y privaciones. Nosotros también la hemos encontrado en una modesta morada... ha sido preciso que la buscásemos lejos de la opulencia, y solo lejos de la opulencia hemos hallado la caridad. Cuálquiera que sea vuestro porvenir,

SUPERCHERIAS.

ya no podéis romper los estorbos que os atan a la señora Juana y a su hijo. Ahora nos consideran ellos como individuos de su familia. Séalo siempre, hijos míos; y si os favorece el destino, si algún día mejora vuestra posición social, por brillante que ella sea, no os avergoncéis de reconocer por vuestra bienhechora á la que ayer era mi sirvienta. La señora Juana es

Desde que Lucas y su madre habían dejado solos á la desgraciada viuda de Ibarrola y sus dos hijos, estas tres virtuosas criaturas no sabían como expresar los sentimientos de gratitud que habia despertado en ellas la generosa conducta de aquellas almas caritativas.

— Ya lo veis, hijos míos — decía doña Petra después de haber dado gracias á Dios por los socorros que acababa de recibir — hemos comido ya... hemos saciado el hambre con alimentos sanos, y vemos que nuestras fuerzas, nuestra salud, y hasta la tranquilidad de nuestro espíritu se restablecen. No olvidéis nunca los beneficios que se nos han prodigado... acordaos siempre con reconocimiento de las personas que nos han tendido una mano generosa para sacarnos de la indigencia. Amadlas como á nuestros salvadores, y si algún dia nos es propicia la suerte, no debeis contentaros en devolverles lo que por nosotros han gastado... Seria corresponder mal á sus bondades, apreciarlas por el interés material... En la conducta de la señora Juana y de su hijo, no solo hay un préstamo que es preciso pagar religiosamente, hay otra cosa de un valor inapreciable, hay los impulsos de pechos nobles que han visto en nosotros unos hermanos desvalidos, y nos han abierto sus brazos para que hallásemos en ellos el consuelo de una virtud sublime. Esta virtud no es una pasión interesada, es una emanación del cielo que convierte

á los mortales en ángeles de la Divinidad para que sequen el lloro de los desvalidos... virtud que no habíamos encontrado en las suntuosas moradas de los ricos, virtud desconocida entre los que tal vez poseen inmensos tesoros, porque no saben lo que es miseria..... porque los ayes de los que sufren se apagan al estrépito de los brándis de los salones.... porque huyen cuando ven una persona mal vestida, temiendo que les mancille con su roce, ó les infeste con su aliento; pero esta virtud magnánima suele albergarse bajo el humilde techo del honrado artesano, que sabe lo que son escaseces y privaciones. Nosotros tambien la hemos encontrado en una modesta morada... ha sido preciso que la buscásemos lejos de la opulencia, y solo lejos de la opulencia hemos hallado la caridad. Cualquiera que sea vuestro porvenir, ya no podeis romper los estrechos vínculos que os unen á la señora Juana y á su hijo. Ahora nos consideran ellos como individuos de su familia. Séanlo siempre, hijos míos; y si os favorece el destino, si algun dia mejora vuestra posicion social, por brillante que ella sea, no os avergonceis de reconocer por vuestra bienhechora á la que ayer era mi sirvienta. La señora Juana es ya mi igual. ¡Qué digo yo, mi igual! Se ha elevado á una altura que debe infundirnos veneracion y respeto..... Yo la quiero como si fuese mi hermana mayor... amadla vosotros como á una segunda madre.

— Es verdad, madre mia — dijo Andrés — nuestra gratitud á esa buena señora debe ser eterna. Nunca he tenido tantos deseos como ahora de alcanzar una ventajosa posicion social, y espero que Dios no querrá desvanecer las esperanzas que aun abrigo de lograrla. Con qué placer diré entonces al pobre Lucas: hermano mio, la mitad de mi fortuna es tuya.... no hago mas que seguir tu ejemplo... yo la admití cuando me salvaste con tus auxilios... no puedes pues dejar de aceptar la mitad de mis bienes y disfrutarlos con tu generosa madre.

— Sí, Andrés — dijo Adela á su turno — yo tambien deseo que mejore nuestra situacion para recompensar dignamente á nuestros bienhechores. Por ahora no puedo ofrecerles mas que amor y gratitud. Han salvado á mi hermano Andrés... han socorrido á mi madre... ¿Cómo podria yo dejar de amarles? ¿Cómo podria yo dejar de agradecerles tamaños beneficios?

— Bendigo, hijos míos, vuestros sentimientos — repuso doña Petra; — y solo me disgusta el ver que aun os haceis ilusiones que por desgracia no se realizarán.

—¿Quién sabe?... Me parece que el día de hoy da principio á una reaccion favorable...—dijo Andrés.

—Si Dios lo quisiera... pero...

—Tranquilícese usted, madre; Lucas dice bien... no ha de ser tan extraño que se me proporcione una buena ocasion. La circunstancia de querer yo que se me empleara sin la menor dilacion, hacia mas dificil el logro de mis deseos.

—Yo tambien seguiré trabajando—alegó Adela—y milagro será que no progrese...

—Vuestra buena voluntad me consuela—dijo doña Petra sonriéndose.

Era la primera sonrisa que aparecia en aquel rostro escualido que hacia pocos momentos destellaba todos los sintomas de la muerte... Sonrisa consoladora como el Iris que engalana el firmamento despues de la borrasca.

En este momento sonó la campanilla de la puerta.

Adela abrió, y quedáronse todos aturridos al ver entrar una señora á quien no conocian.

Esta señora parecia una de esas muñecas vestidas á la última moda, que procedentes de París, suelen vender los tiroleses de la calle del Cármen y de la Montera, durante las ferias de Madrid.

Su estatura no llegaba á los tres piés.

Por entre el velo blanco de seda moteado que se desprendia del sombrero de terciopelo azul, veíase una cara de lechuza, esto es, una nariz aguileña que á guisa de aldaba se caía hácia la barba, la cual parecia salirse á recibirla.

Entre esta especie de alicates, unos lábios que se plegaban por falta de amazon en las encías, trataban de sonreirse, y hacian una mueca de mandril.

Nos ahorramos hacer la descripcion de esta *Circe* porque la barba descansaba en su pecho.

Un abrigo de terciopelo negro contrastaba con la blancura del camisolin y de las mangas bordadas, cubriendo pecho y espaldas de un modo violento producido por cierto promontorio natural que se elevaba por un lado mas que por otro, desnivelado de una manera notable las proporciones de hombros y espaldas.

La falda de su vestido de raso asaz abultada por su correspondiente ahue-

cador, estaba adornada con tres volantes.

Este volúmen recibia el nuevo aumento de un enorme manguito, donde la heroína tenia metidas sus manos ya resguardadas por los indispensables guantes pajizos.

Andrés le presentó una silla, á la cual se encaramó por los peldaños, como esas monas que suelen llevar los francesitos de los organillos, y despues que estuvo sentada, abultóse el ahuecador por delante formando alguna simetría con la pretuberancia de atras.

— Ustedes estrañarán esta visita — dijo la tia Manuela, que no era otra la elegante lechuza en cuestion; — pero confio que no les desagradará tan pronto como explique á ustedes el objeto de ella.

— Hable usted, señora — dijo doña Petra.

La tia Manuela miró con agrado á los hijos de la viuda, y preguntó:

— ¿Son los hijos de usted, señora de Ibarrola?

— Sí señora.

Andrés y Adela hicieron una inclinacion.

— Interesantes criaturas — dijo la Manuela. — No merecen ustedes la mala suerte que parece les persigue, y crean que si yo pudiera aliviarla...

— Gracias, señora — interrumpió la viuda.

— Este es el único objeto de mi visita. Sé que son ustedes muy desgraciados.

— Sí señora — respondió doña Petra; — pero esta misma desgracia nos proporciona ratos de dulce satisfaccion. Vemos que aun nos quedan verdaderos amigos.

— Yo tambien quiero ser amiga de ustedes.

— Señora...

— Y quiero inaugurar mi amistad con una buena accion.

Andrés y Adela cambiaron una mirada de admiracion con su madre.

La Manuela continuó:

— Debo sin embargo confesar, que hay parte de egoismo en el acto de beneficencia que me propongo ejercer. Sé que esta señorita, cuyo nombre creo que es Adela...

— Servidora de usted — dijo la aludida.

— Muy señora mia... El nombre es tan bonito como quien le lleva.

— Favor que usted me hace.

—No es sino la verdad... Y sé además que ha recibido una brillante educación, lo mismo que su hermanito. Pues bien, yo quisiera aprovecharme de estas ventajas. Necesito un administrador para mis haciendas..... el que tengo está ya muy viejo, y trata de retirarse al pueblo de su naturaleza dentro de pocos meses, y si el señorito don Andrés gusta reemplazarle...

—Señora, tal vez mi insuficiencia...—repuso Andrés.

—Es usted demasiado modesto... Yo sé que tiene usted un talento poco comun... que entiende usted de cuentas y escribe con perfeccion.

—Han exagerado mis cualidades.

—Sé que me han dicho la verdad, y cuento con usted en la creencia de que no puedo hacer mejor eleccion.

—Me confunde usted...

Doña Petra llevó el pañuelo á sus ojos.

—¿Llora usted, señora?—le preguntó la jorobada.

—Lloro de gozo—respondió la buena madre.

—Debe usted envanecerse de tener un hijo tan apreciable. Sentiria que no aceptase mi proposicion.

—La acepto con mucho gusto, señora—dijo Andrés con alegría.

—¿Sin saber las condiciones?

—Tampoco sabe usted si soy capaz de desempeñarla.

—Pero usted debe siempre aspirar á buenos honorarios.

—Con tal de que tenga para mantener á mi madre y á mi hermanita.

—Le sobrará á usted... pero le advierto que en adelante solo tendrá usted que mantener á su mamá.

—¿Cómo así?

—Como que la manutencion de doña Adelita corre desde hoy de mi cuenta, si ustedes no se oponen á ello.

—Pero...—repuso aturdida doña Petra.

—Es otra buena accion de mi parte—dijo riéndose la Manuela—en la que tambien hay su correspondiente egoismo. Oiganme ustedes. Hay egoismo en confiar la administracion de mis haciendas á don Andrés, porque sé que no he de hallar hombre mas capaz y honrado á un mismo tiempo. Tiene además la ventaja de ser jóven, y no me sucederá lo que con el actual administrador, que me abandona porque le mortifica ya el trabajo. Es regular que don Andresito no me abandonará... y cuando me llegue la última hora...

¿quién sabe? No tengo mas que parientes muy lejanos.... si se porta como espero... tal vez no le vendria mal la herencia de mis pobrezaas.

—Perdone usted, señora—alegó Andrés—no deseo mi bienestar si ha de proceder de una muerte agena.

—La lástima es que no pueda encargarse usted inmediatamente de la administracion, porque hasta que se despida el que actualmente la desempeña...

—Es muy justo.

—Pero la colocacion de Adelita es cosa ya mas urgente.

—¡Mi colocacion!—esclamó Adela.

—Una colocacion que no sé si será de su agrado; pero de todos modos espero que tanto usted como su mamá me hablarán con toda franqueza.

—Lo haremos así—dijo doña Petra.

—Yo deseo el bien de ustedes—replicó la jorobada;—pero conciliándolo con mi propia conveniencia. En esto está el egoismo. Soy muy egoista... mucho... muy interesada... no pueden ustedes figurarse... tacaña como todas las viejas...

Y al decir esto, la Manuela celebró sus propios chistes con amanerada risa.

Doña Petra y sus hijos seguian cruzándose miradas de admiracion.

Los que creen en las simpatías y antipatías humanas, tienen aqui un ejemplo de lo falaces que son ciertos sentimientos inspirados por engañosas apariencias.

La jorobadita Manuela, á pesar de su fealdad y estravagancias, habia caido en gracia á la viuda y á los hijos de Ibarrola.

Creian ver en ella una persona franca y de buen corazon.

Y aquella mujer tenía el corazon torcido como su cuerpo.

Les parecia una señora honrada, y era una mujercilla ruin y embustera.

La contemplaban como á su ángel custodio, y era una asalariada servidora de Mendilueta.

La creian mensajera de un dichoso porvenir, y era la mediadora del torpe apetito de un seductor infame.

—Voy á explicarme—dijo despues de haberse reido de sus gracias.—Lo tengo todo preparado para abrir un magnífico establecimiento de modista. Tengo hechos grandes acopios de géneros... porque entiendo muy bien este

negocio... ha sido la profesion que me ha proporcionado todas mis riquezas. La abandoné porque habia ganado ya bastante; creí que me vendria bien el descanso; pero á los pocos años de no hacer nada, me estoy aburriendo..... me fastidio de una manera espantosa... y hace algunos meses resolví poner un vasto almacen de modas. Yo soy como la pólvora... cuando concibo un proyecto quisiera verle realizado sin dilacion... Por nada me arredro... así es que en muy pocos dias he hecho cuantos preparativos son necesarios para llevar adelante mi empresa. Cuento con una legion de hábiles oficialas, y no han faltado muy buenas maestras que me han hecho ventajosas proposiciones; pero yo conozco muy bien la akuja de marear, y no quiero que nadie me pise la cola.

La jorobada acompañaba su oratoria con unos ademanes tan afectados y unos visajes tan cómicos, que sus oyentes habian de contener muchas veces la risa, y sentian que *una señora tan buena y generosa* hubiera sido tan poco favorecida por la naturaleza.

—El caso es—proseguia la jorobada—que yo me habia propuesto no trabajar, y solo tener el establecimiento para mi recreo..... para no aburrirme...

—Y dedicándose únicamente á su direccion...—objetó doña Petra.

—Nada, nada—replicó la Manuela—ni la direccion tampoco. Quiero darme buena vida... Demasiado he trabajado cuando he sido jöven.... Ahora quiero holgar y divertirme ya que no me he divertido en mi juventud..... Tengo mis trenes para ir á los paseos..... mis palcos en los teatros... Quiero pasar la vida alegre.... y proporcionarme toda suerte de comodidades... regalarme como una sultana...

Y al llegar aquí estalló la jorobada en risotadas que hubiera envidiado el mismo Demócrito.

La viuda y sus hijos hacian esfuerzos de aprobacion á fin de no desairar á su improvisada protectora.

—¿Qué falta le hace á usted entonces el establecimiento?—preguntó doña Petra.

—Quiero ver muchas jóvenes alegres en mi derredor—alegó la jorobada—y recrearme en los objetos que han hecho mi fortuna..... y sobre todo contar con un almacen que al paso que satisfaga un capricho mio, dé de comer á varias familias. Yo siempre combino el bien de los demas con mis gus-

tos y mis conveniencias.... ¿Y dirá usted que no soy egoísta? Verdad es que hago del egoísmo virtud... Pero vamos al caso. Para todo esto, necesito yo una persona de toda confianza que haga mis veces. Yo no sé si el oficio de modista es del agrado de doña Adelita...

—Todos los oficios son buenos— respondió Adela— cuando se gana la subsistencia de una manera honrada.

—Cuento pues con usted, hija mía— dijo con ternura la jorobada.

—Tendrá usted cien oficiales mucho mejores que yo— repuso Adela— pero procuraré esmerarme y adelantar para corresponder dignamente á la generosidad de usted.

—Es que yo no la quiero á usted de oficiala. He dicho antes que necesito una persona que haga mis veces...

—Alguna habrá á propósito— dijo doña Petra— entre las maestras que dice usted le han hecho ventajosas proposiciones.

—Ninguna de ellas me es á propósito.... Se me subirían á las barbas... Quisieran luego mangonearlo todo.... y hacerse mas amas que yo. Lo que á mí me conviene es una jóven honrada como Adelita, de gran disposicion.... Ya sé que la tiene..... que borda muy bien... en fin que es capaz de todo, y como de molde para la direccion de mi establecimiento.

—Temo, señora— dijo Adela con rubor— que usted se equivoque.

—Lo he pensado mucho... lo he calculado profundamente, y estoy eierta de que hago tan buena eleccion de directora de mi almacen de modas, como de administrador de mis bienes.

Andrés y Adela se inclinaron en muestra de gratitud.

—Hay otra condicion precisa— dijo la jorobada— que ignoro si merecerá la aprobacion de ustedes.

—¿Y es?— preguntó doña Petra.

—Que así como la colocacion de don Andresito no es cosa urgente, y da tiempo para que mediten ustedes si puede ó no convenirles, urge sobre manera la de doña Adelita.

—Eso me conviene lejos de molestarme— dijo la inocente jóven.

—Es que la urgencia es grande.

—Tanto mejor; así seré mas pronto útil á mi madre y á mi hermano.

—Podrá usted contar por ahora con un duro diario.

Los dos hijos miraron con alegria á su madre, y esta no pudo contener

una lágrima de júbilo que rodó por su megilla.

La jorobada continuó :

—Y mas adelante..... mas adelante cuanto usted desee, pues ya desde ahora me parece que la quiero como á hija.

— Gracias, gracias por tanta generosidad — exclamó doña Petra llorando de placer.

— No tiene usted que darme gracias — repuso riéndose la jorobada — ya sabe usted que estas cosas las hago por egoismo... porque me convienen mucho...

— Sin embargo, viviré á usted eternamente agradecida por cuanto hace en obsequio de mis hijos.

— Y estoy dispuesta á hacer otra cosa que tal vez no la espere usted... Ya he dicho antes que soy una pólvora..... La prontitud es una de las cosas que mas me halagan... Necesito compañía.... necesito hablar de mi proyecto con una persona que se interese en él como yo misma... y espero que no se opondrá usted á que la deje sin hija...

— ¡Cómo!

— Usted tiene á don Andresito; pero yo estoy sola... y me lisonjeo de que ahora no será usted la egoista, privándome del gusto de llevarme en este momento mismo á la hermosa Adelita en mi coche... que está abajo esperándonos.

— Si se retardase á lo menos un par de dias — alegó doña Petra — si quiera para arreglarla algun traje mas decente...

— Está muy bien para venirse conmigo, y precisamente vamos á donde podrá elegir cuantos trajes le acomoden.

Adela y su madre se cruzaron una mirada de asentimiento.

— ¿Qué responde usted? — preguntó la jorobada á Adela.

— Si mi madre y mi hermano consienten... — respondió la niña, dominada por el afan de ganar la subsistencia de su madre y de Andrés.

Su hermano respondió :

— Yo deseo lo que mas te convenga.

— Yo, hija mia — dijo su madre — me alegro de que se te proporcione tan buena colocacion.

— Siendo así, señorita — añadió la jorobada levantándose — espero no tendrá usted inconveniente en darme su brazo.

Adela se arrojó á los brazos de su madre, despues abrazó á su hermano, y volviendo á besar á la madre, cayó de rodillas á sus plantas.

En esta posicion recibió el ósculo de la bendicion maternal, como le habia recibido Andrés el dia en que tuvo la primera noticia de sus infortunios.

Un momento despues, una elegante carretela cerrada conducia á la hija de Ibarrola junto á la tia Manuela, hácia un lujoso cuarto de la calle del Barquillo.

Esta carretela pertenecia al banquero de Barcelona.

CAPITULO XLIII.

LA SEDUCCION.

Quando Adela entró, en compañía de la tia Manuela, en la consabida habitación del cuarto principal de la calle del Barquillo, sintió una agradable sorpresa al ver el asiático lujo que la rodeaba.

La jovial amabilidad de su protectora, que durante el tránsito no habia hecho mas que ponderar el halagüeño porvenir de la candorosa jóven, despertó en ella la esperanza de ser feliz á pesar del amor que profesaba á un hombre que ya no podia ser su esposo.

Habia resuelto no casarse nunca, y consagrar todos los instantes de su vida al cuidado de su madre.

Esta idea, y la de que tambien su inolvidable Luis le debia su felicidad, la consolaban del doloroso sacrificio de su amor.

Tal vez la desgraciada jóven hubiera sucumbido al peso de su infortunio, si con los esfuerzos que hacia por dominarse, no hubiese alcanzado un convencimiento profundo de que habia de ser el consuelo de su madre, y este pensamiento, que veia tan próximo á realizarse, rociaba su corazon de un bálsamo que aun le hacia agradable la existencia.

Así es que la señora que la arrancaba de la indigencia para facilitarle los medios de ver sus doradas ilusiones cumplidas, tenia para ella derechos inquestionables á un afecto sin límites.

Las muestras de cariño eran de consiguiente recíprocas entre la astuta vieja y la cándida niña, sin mas diferencia que ser hijas de la gratitud las de la última, y lisonjas estudiadas las de la primera para seducir mejor á la inocencia.

— ¿Qué le parece á usted nuestra habitacion? — preguntó la jorobada á la hija de Ibarrola despues de haberle enseñado todas las piezas del cuarto.

— Es magnífica — respondió Adela.

— ¿Y el tocador de usted?

— Demasiado lujoso.

— Todo lo merece una jóven tan linda y amable como usted.

— Es usted demasiado buena.

— Sentémonos un rato en este sofá, y proseguiremos nuestra conversacion, mientras le preparo á usted nuevas y mas agradables sorpresas.

Esto pasaba en el salon principal.

La tía Manuela y Adela se sentaron en un sofá cubierto de terciopelo carmesí.

— ¿No es verdad que está usted aqui mejor que en la pobre buhardilla donde usted vivia? — preguntó la vieja asiendo cariñosamente una mano de la niña.

— Yo estaré siempre mejor donde pueda proporcionar mas bienes á mi madre.

— Aquí tendrá usted todo cuanto desee.

— No deseo mas que lo que pueda ganarme con mi trabajo.

— ¿Pero cree usted haber nacido para trabajar?

— Sí, señora; y solo pido á Dios que no me falte nunca el trabajo.

— Se conoce que tiene usted poca esperiencia.

— Tengo pocos años, es verdad; pero he experimentado muchos sinsabores.

— Pues bien, esos sinsabores se han acabado ya.... es preciso que usted los olvide para siempre, y que escuche con atencion mis consejos y los siga sin el menor escrúpulo, si quiere no derramar en lo sucesivo ni una lágrima sola de dolor. ¿Pudiera usted desconfiar de mí?

— De ninguna manera... ¿cómo quiere usted que desconfie de quien tantos beneficios me prodiga?

— ¡Quiere usted callar! Estoy dispuesta á hacer mucho en favor de us-

ted, de su buena mamá y de su hermanito; pero no he dado aun principio á la realizacion de mis proyectos, ni podria hacer nada sin el auxilio de usted.

— ¡Sin mi auxilio!

— Solo de usted depende que sean dichosos doña Petra su mamá, y don Andrés su hermano; y que tanto usted como ellos ocupen la categoría que les corresponde en la sociedad. Repito que ni usted, ni su mamá, ni su hermanito han nacido para trabajar, y es un error creer lo contrario. La sociedad se divide en varias categorías, y ustedes han nacido para vivir entre los privilegiados.

— ¡Los privilegiados! — exclamó Adela asombrada con lo que acababa de oír.

— Los privilegiados son los que pueden proporcionarse comodidades y goces sin apelar á la fatiga del trabajo, por ejemplo, los ricos ó los que pueden serlo con solo querer.

— Si bastase querer ser rico para serlo — dijo Adela sonriéndose — lo sería todo el mundo.

— Es verdad que no basta la voluntad; pero cuando la voluntad va unida á la juventud y á la hermosura en una mujer...

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó Adela con asombro al oír esta sospechosa frase.

— No se alarme usted, hija mia — añadió la jorobada. — La belleza es el mas precioso tesoro de una mujer, y sería muy necia la que no se hiciese pagar este tesoro por lo que vale.

— ¿Pero qué mujer vende su belleza?

— Ya veó que tiene usted preocupaciones de niña. ¿A qué llama usted vender una mujer su belleza? Yo no creo que sea venderse, corresponder al amor de quien merezca ser amado, y una jóven hermosa tiene la ventaja de elegir entre sus muchos adoradores á quien por sus riquezas pueda proporcionarle una posicion feliz.

— ¿Y cree usted que la felicidad esté en la riqueza?

— Esa pregunta no debiera usted hacérmela.

— ¿Por qué no?

— Porque usted conoce y sabe mejor que nadie, que únicamente la riqueza proporciona en este mundo todo género de comodidades y de goces. ¿Si usted, por ejemplo, tuviera á su disposicion algunos millones, tendria

su mamá de usted que vivir en una miserable buhardilla?

— ¡Oh! no por cierto.... si me fuera posible dar á mi mamá un palacio y rodearla de cuantas dichas puede ambicionar una mujer, estaria yo contentísima, porque me parecería indemnizarla de lo que ha sufrido en los dias de pobreza y amargura que hemos atravesado.

— Ya vé usted, pues, como la pobreza es la desgracia y la riqueza la felicidad, y esto lo sabe usted por esperiencia. Sírvale á usted de leccion lo que ha sufrido usted misma al mendigar un trabajo penoso, incapaz de proporcionar las comodidades que usted desea para su madre. No, Adelita..... créame usted, no es el trabajo lo que usted debe apetecer.

— ¡Cómo!

— El trabajo no le dará á usted nunca mas que fatiga, sinsabores y escasez.... esa escasez tan parecida á la indigencia, que no vale la pena de consagrarle los dias mas bellos de una jóven tan linda como usted.

En este momento, en que un lacayo acababa de alumbrar el salon donde Adela tenia esta conferencia con la jorobada, presentóse un caballero bajo el dintel de la puerta principal.

Adela, escuchando á su presunta protectora, estaba de espaldas á la puerta que acabamos de mencionar, por manera que no pudo ver al caballero en cuestion, el cual á un signo de la jorobada, pasó precipitadamente de puntillas á una pieza inmediata al sofá donde la hija de Ibarrola estaba sentada.

La jorobada prosiguió :

— Usted, hermosa niña, debe buscar su dicha en el amor.

— ¡Señora! — exclamó con dignidad la honrada jóven.

— ¡Jesus que impresionable es usted! — dijo con estravagante afectacion la vieja.

— He formado un concepto ventajoso de los sentimientos de usted — alegó Adela — y sentiria mucho haberme equivocado.

— No, hija mia, no se ha equivocado usted. La he hablado de amor, y parece que esta palabra ha herido la susceptibilidad de usted. Sin embargo, me consta que ha estado usted enamorada.....

— ¡Yo enamorada!

— Y de una persona muy digna del amor de usted.

— ¿Qué es esto? — pensó Adela llena de confusion.

—Siento recordar á usted un amor que tal vez tenia olvidado; pero ha sido preciso justificarme. Usted me ha dicho que le seria doloroso haberse equivocado en el concepto que ha formado de mi, y por esta razon me apresuro á decir á usted que el amor á que yo me refiero es una de esas pasiones que como la que usted ha experimentado, nada tiene de criminal. ¿Cómo quiere usted que yo la hable en otro sentido?

—No me hable usted de amores.

—Una hermosa sin amores es una flor sin perfume—alegó la vieja dándose toda la importancia de una marisabidilla.

—Amo á mi madre y á mi hermano.

—Es indispensable otro amor.

—No, no... no quiero separarme nunca de mi madre.

—¿Se hubiera usted separado de ella si se hubiese casado con la persona á quien usted amaba?

—Nunca, nunca.... de mi madre no me separaré jamas. Quiero cuidarla como su bondad merece.

—¿Y no vale mas que sean ustedes dos para cuidarla?

—Dos somos ahora, Andrés y yo.

—Se equivoca usted, ahora ha quedado solo su hermanito de usted.

—Es verdad... ¿Y he podido abandonar á mi madre?

—La ha abandonado usted precisamente para hacerla feliz.

—¡Oh! no... no puede ser... nos hemos equivocado... yo no puedo ser feliz lejos de mi madre... ni ella puede tampoco serlo separada de su Adela... ¿Qué ha sido esto?

—Que ha venido usted aquí en busca de trabajo para arrancar á su madre de la miseria.

—Es cierto... yo no podia hacer nada sin recursos... mi compañía no servia mas que para aumentar su amargura. ¡Oh! si, sí.... tiene usted razon, señora... nada conseguian mis desvelos... porque era pobre... y no podia saciar el hambre de mi madre. Yo tenia hambre tambien.... mi hermano llegó al borde de la tumba... y los tres vivíamos juntos... y queriamos consolarnos recíprocamente; pero nuestros rostros cadavéricos nos asustaban.... nos llenaban de espanto en vez de proporcionarnos consuelo.... Tiene usted razon, señora, nada puede hacerse sin riquezas... Quiero ser rica para hacer feliz á mi madre... quiero serlo para tenerla á mi lado... Yo no puedo vivir lejos de

mi madre... ¡Madre!... ¡madre mia! ¿Dónde estás?

Y la pobre Adela prorumpió en acerbo llanto.

—Vamos, vamos—dijo con dulzura la jorobada—no hay que alligirse de ese modo. ¿Ha olvidado usted la brillante colocacion que la he ofrecido?

—Esa colocación no puede hacerme feliz.

—Puede proporcionar á usted recursos para socorrer á su madre.

—¡Oh! no—esclamó con acento dolorido Adela,—yo no quiero socorrer á mi madre como se socorre á una mendiga... yo quiero que participe de mi bienestar.... que viva conmigo... siempre á mi lado.

Y los desencajados ojos de Adela daban á su semblante toda la apariencia de un vértigo mental.

—Es muy fácil que satisfaga usted ese deseo —dijo la Manuela.

—¿Es fácil?... ¿Lo cree usted así?

—Lo sé de cierto.

—Y usted no me engaña... ¿verdad?... Usted que es tan generosa... no, no, no puede usted engañarme. ¿Qué he de hacer?

—Adquirir riquezas.

—Si, sí... trabajaré noche y dia...

—Eso no le bastará á usted para hacer feliz á su madre.

—Es verdad..... he trabajado ya..... y nuestra miseria era siempre la misma.

—Y lo será mientras no conquiste usted el amor de un hombre rico....

—Si pudiera hallar otro Luis... ¡Dios mio!... es imposible.

—Hay hombres de sobra en el mundo.

—Pero no como Luis.

—Mejores tal vez que el conde de Campofrio. Si este caballerito la hubiese amado á usted de veras, no se casaria tan contento con otra. Yo sé de un caballero que ama á usted con idolatría.

—¿A mí?... ¿Y me proporcionará riquezas para hacer feliz á mi madre sin tener que separarme de ella?... ¿Para que el hambre no ponga en peligro la existencia de mi hermano?

—Seguramente...

—¿Y vivirá con mi madre?

—Y con su hermanito de usted, á quien tambien se le proporcionará una colocacion brillante.

— ¡Una colocacion á mi hermano!... ¿Y no le verá llorar por los desprecios que todo el mundo le prodiga?

— Nadie se atreverá á despreciarle.... muy lejos de eso... todos le respetarán.... y no será difícil que contraiga un matrimonio ventajoso con alguna señorita de la buena sociedad.... porque cuando uno es rico....

— ¿Y mi hermano será rico también?

— ¿Quién lo duda?

— ¿Y á quién deberá su riqueza?

— A su hermanita Adela.

— ¿A mí?

— A usted... si no le abandona.

— ¡Yo abandonar á mi hermano!

— Porque entonces seguiria pobre como hasta aquí.

— ¡Pobre!... ¡Es tan horrible la pobreza!

— ¡Y tan hermoso el ser rico!

— Sí, debe serlo...

Y Adela se quedó meditabunda.

— ¿En qué piensa usted, hija mia?

— En que me gustaria poseer muchas riquezas.

— Es el deseo de todos los mortales; porque en el mundo no hay verdadera felicidad para el que carece de oro.

— Es cierto... ¡Sufrimos tanto desde que somos pobres!

— Y lo mas horrible de la pobreza es el tener que mendigar á los que nos insultan con su orgullo.

— Eso es cruel.

— Y denigrante hasta lo sumo; vale mas morir de hambre.

— ¡Hambre!... no, no quiero que mi madre vuelva á tener hambre... no quiero que Andrés se muera... Señora; yo deseo ser rica... muy rica...

— Está en su mano de usted.

— ¿En mi mano? ¿Qué he de hacer?

— Corresponder con su amor á quien desea la felicidad de usted.

— ¿Y hay quien desee mi felicidad?

— Sí señora.

— ¿Quién es?

— Un hombre que la ama á usted de veras.

—¿Y quién es ese hombre? —

—Es el que puede proporcionar á usted oro en abundancia para usted, para su mamá y para su hermano.

—¡Oro! Debe ser delicioso poseer mucho oro!

—El oro facilita cuantas comodidades, cuantos goces pueden apetecerse.

—Y la satisfaccion de poder socórrer á los desvalidos...

—Pues bien.... esa satisfaccion.... esos goces, esas comodidades.... ese oro en fin que es el señor del mundo... el que todo lo avasalla... ese oro podrá usted prodigarle á manos llenas...

—¡Yo!

—Sí... usted, señorita... y vivir anegada en una fuente perenne de goces... al lado de una madre feliz que bendecirá á usted por los infinitos bienes que podrá proporcionarle.... y verá usted á su hermanito contento.... y tambien rico... y todos deberán á usted su bienestar... y usted vivirá feliz y envidiada de todas las bellezas de Madrid, á las cuales, si usted quiere, podrá eclipsar con el lujo de sus trages, con la pompa de sus trenes, con el brillo de sus joyas, con la suntuosidad de su palacio...

—¡Yo!

—Usted, señorita, usted, á quien desea colmar de felicidades el hombre que la adora.

—Pero quién es ese hombre.

—Yo, hermosa criatura, yo soy —dijo presentándose de repente el banquero Mendilueta.

Adela exhaló un grito de espanto, y cayó en el suelo sin sentidos.

CAPITULO XLIV.

LA PAPELETA.

Tan pronto como Adela volvió de su desmayo, huyó despavorida de la casa de su supuesta protectora, y regresó al lado de su madre.

Poco mas de un mes habíase deslizado desde los anteriores sucesos, y la familia Ibarrola había sucumbido otra vez al rigor del mas acerbo destino.

Desvanecidas las esperanzas que habían concebido en la protección de la señora que tan buena se fingía para entregar la candorosa paloma á la voracidad del sanguinario gavilan, continuaban siendo una carga insoportable para la pobre señora Juana y su hijo.

Supieron por una casualidad que Lucas había retrasado su casamiento por falta de recursos, y que los que tanto él como su novia tenían destinados para los indispensables gastos de la boda, servían para la manutención de la pobre viuda y sus hijos.

Estos no debían ya tolerar tamaño sacrificio, y para que Lucas no retardase mas su enlace con Carmen, fingieron los Ibarrola que no necesitaban ya de sus auxilios, cuando precisamente era mayor su indigencia, pues tuvieron que dedicarse nuevamente á la mendicidad.

Adela trabajaba cuando se le presentaba ocasion; pero no era una ocupación continua, ni lo que ganaba era suficiente.

Andrés aguardaba ser colocado de un momento á otro; pero nunca llegaba el ansiado término que con promesas halagüeñas se le hacia concebir.

Los tres salian por la noche á implorar la caridad pública de una manera vergonzante, y aunque era muy poco lo que recogian en medio de las acerbas humillaciones porque tenian que pasar, preferian esto á prolongar la vergüenza de ser tanto tiempo gravosos á las caritativas personas que hacian por ellos mas de lo que su modesta posicion social les permitia.

¡Desgraciadas criaturas! tocáales llorar siempre que la sociedad reia.

Hemos visto ya lo que sufrieron durante las pascuas.

Pues bien, ahora estamos en Carnaval.

El lloro de la viuda y de sus hijos se perdía entre el bullicio universal.

Confesemos que es una singularísima cosa el carnaval, deciamos en LA MARÍA.

No hay formalidad posible en cuanto él aparece.

No hay gravedad que no vacile.

No hay prudencia que no titubee.

Grandes y pequeños, hombres y mujeres, imbéciles y sabios, varones de reflexion y mozalvetes evaporados, todos se interesan con mas ó menos ardor en su efímero tránsito.

Nadie se le muestra completamente abyecto.

El carnaval es un período de disipacion y de locura.

El carnaval atesora placeres para todas las edades, diversiones para todos los gustos, distracciones para todas las clases.

Las máscaras, los bailes, los festines, son los primeros elementos que satisfacen en estos dias toda suerte de exigencias.

La vida del hombre es un donoso mosaico; pero compuesto de piedras falsas.

Toda ella es una farsa ridícula que mientras haya hombres seguirá representándose en este pícaro mundo.

Ahí, sin ir mas lejos, tienen ustedes gentes que durante once meses y medio del año cifran toda su atencion y conato en parecer prudentes, discretos, reservados, sensatos y juiciosos en fin; que se martirizan acaso por ostentar un exterior que jamas pueda dejar concebir de ellos ni una idea de atolondramiento, de ligereza ó estravagancia.

Quando hablan... quando hablais vosotros mismos, queridos lectores, sin

que sea esto un agravio, procurais hacerlo con moderacion, con toda la reflexion posible para que no se os tenga por tontos ó por escapados de alguna casa de Orates.

Mas héte aquí que llega el mes de febrero repartiendo á todo bicho viviente mascarillas y dominós...

¡Dios nos tenga de su santa mano!

Todos los andamios de las bellas apariencias exteriores de prudencia y circunspeccion se desploman.

La gravedad de la vida reclama un intermedio de desahogo, es cierto.

Es una necesidad confesada y atendida en todos tiempos y por todos los siglos.

Un corto período de locura alarga la existencia del hombre.

Todos los pueblos han reconocido esta verdad.

Los antiguos judíos tenían su GORAL.

Los persas y los babilonios sus SACEAS.

Los griegos sus KRONIAS.

Los romanos, mas ardientes en todo, tenían no solo sus SATURNALES como los griegos, sino tambien sus BACANALES Y LUPERCALES.

Los judíos modernos tienen su PURIM.

Los musulmanes su BEIRAM.

Los ingleses su CHRIST-MAS.

Y por último, los demas pueblos el CARNAVAL.

Pero observad bien, mis amados lectores, que la esencia de todas estas fiestas antiguas y modernas ha sido siempre la mesa, el baile, las máscaras, las diversiones, la risa.

Celebrad el carnaval en gracia de Dios; pero ¿sabeis bien lo que es el carnaval?

El carnaval es una licencia para que toda persona decente pueda correr como un loco por esas calles de Dios con un rabo mas largo que el de Luzbel y un pedazo de carton en la cara, haciendo el oso delante de todo el mundo.

Dejaremos en el silencio las vulgares ocurrencias de ciertos entes que, despues de pasar todo el año devanándose los sesos para combinar un disfraz que llame la general atencion por la aguda originalidad de la idea, sacan á relucir su ingenio paseándose muy sérios por las calles de Madrid vestidos

de moros ó cubiertos de esteras, trages socorridos que consideran como un permiso para encajar una desvergüenza al lucero del alba, y nos concretaremos á describir, aunque sea en verso, algunas escenas de un baile de máscaras.

Hélas aquí:

I.

En un salon magnífico, espacioso,
 La española elegancia
 A la belleza y juventud unida
 En sociedad amena y escogida
 Contemplé cierta noche,
 Y me hizo suma gracia
 Ver tutearse los que arrastran coche,
 Con los que lleva á pié la democrácia.
 ¡Loor eterno á la igualdad preciosa
 Que en estas sociedades se disfruta
 En medio de la paz y la alegría!...
 ¿Quién merecido elogio no tributa
 Al inventor de aquesta algarabía,
 En que sin etiqueta
 Alternan el bonete y el turbante,
 El sayal, la basquiña, el zagalejo,
 El fraque, la levita y la chaqueta?
 Allí nadie se esconde
 Porque entre en el salon un esclencia,
 Ora sea marqués ó duque, ó conde,
 Que todos son iguales...
 La santa independencía
 Fijó en aquel local su hermoso imperio,
 Y en alojando alguien los veinte reales
 Puede bailar muy estirado y sério
 Hasta que den las seis de la mañana
 Con la papisa Juana.
 Pero no es de asombrar que esto suceda